

NORTE

Revista Hispano-Americana. Cuarta Época. Núm. 346 —NOVIEMBRE-DICIEMBRE— 1988





REVISTA HISPANO-AMERICANA

Fundada en 1929

Publicación bimestral del Frente de Afirmación Hispanista, A.C. / Calle Ciprés No. 384. Col. Atlampa, Delegación Cuauhtémoc, 06450 México, D.F. / Teléfono: 541-15-46 / Registrada como correspondencia de 2a. clase en la Administración de Correos No. 1, el día 14 de junio de 1963 / Derechos de autor registrados. / Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial. / Director Fundador: Alfonso Camín Meana. / Tercera y Cuarta Epoca: Fredo Arias de la Canal.

Impresa y encuadernada en los talleres de **Opti Grafi** Cedro 313, Col. Santa María la Ribera Tel.: 541-37-29 y 541-09-85

Coordinación: Berenice Garmendia
Diseño: Iván Garmendia R.

EL FRENTE DE AFIRMACION HISPANISTA, A.C. envía gratuitamente esta publicación a sus asociados, patrocinadores y colaboradores; igualmente a los diversos organismos culturales privados y gubernamentales del mundo hispánico.

NORTE

REVISTA HISPANO-AMERICANA. Cuarta Época. No. 346 NOVIEMBRE-DICIEMBRE 1988

SUMARIO

ENTREGA DE LA "MEDALLA JOSE VASCONCELOS 1988" AL INSIGNE ESCRITOR VENEZOLANO

ARTURO USLAR PIETRI	3
---------------------	---

EL OTRO MUNDO	Fredo Arias de la Canal	4
---------------	-------------------------	---

CORTES Y LA CREACION DEL NUEVO MUNDO	Arturo Uslar Pietri	8
--------------------------------------	---------------------	---

LA VERDADERA FUNDACION DE MEJICO	Salvador de Madariaga	19
----------------------------------	-----------------------	----

ATEOS CRISTIANOS	Fredo Arias de la Canal	30
------------------	-------------------------	----

PALABRAS DE OFRECIMIENTO DEL HOMENAJE DE LOS ESCRITORES VENEZOLANOS A ARTURO

USLAR PIETRI	Marco Ramírez Murzi	36
--------------	---------------------	----

SOMOS UNA GRAN FAMILIA CON NUESTROS ESPAÑOLES, INDIOS Y NEGROS	Marlene Rizk	41
--	--------------	----

LOS OCHENTA AÑOS DE ARTURO USLAR PIETRI		42
---	--	----

EL MUNDO HISPANICO	Gustavo de Anda	43
--------------------	-----------------	----

PORTADA Y CONTRAPORTADA:

IVAN GARMENDIA R.



ENTREGA DE LA MEDALLA "JOSE VASCONCELOS 1988" AL INSIGNE ESCRITOR VENEZOLANO

ARTURO USLAR PIETRI



Dr. Arturo Uslar Pietri, "Premio Vasconcelos
1988" y doña Isabel Braun de Uslar.

EL OTRO MUNDO

Fredo Arias de la Canal

Puede afirmarse que el muy magnífico señor don Cristóbal Colón fue el primer hispano-americano, de la misma forma en que “Cortés fue el primer literato mejicano en la historia”, como dedujo Mada-riaga.

¡Pero si el primero nació en Génova y el segundo en Medellín!

Apliquemos el “yo soy yo y mi circunstancia, que si no se salva mi circunstancia tampoco me salvo yo”, de Ortega y veremos claramente que tanto Colón como Cortés y todos aquellos deudos nuestros que hicieron su historia en lo que ellos llamaron el Nuevo Mundo son partes integrantes de lo que más tarde se conocería por América. Arturo Uslar Pietri nos dice en *¿Existe América Latina?*:

El primero que le dio el nombre de Nuevo Mundo fue un italiano, Amerigo Vesputcio, que fue el primero que usó la palabra *Mundus Novus* de la cual vinieron todos estos derivados.

Pero es que si nosotros vemos la Historia Universal, como la debemos ver, y sobre todo la Historia de Occidente en su complejidad, en 1492, o si ustedes quieren, para no encerrarnos tanto en una fecha, en todo el siglo XVI nace un Nuevo Mundo, pero nace en escala universal. Porque no es que solamente se encontró América, sino que el encuentro con América determinó un viraje y un cambio del Mundo.

En el romance de don Joseph Pérez de Montoro que precede a los *Poemas* de la única poetisa americana, muza décima, Soror Juana Inés de la Cruz, t. I. En Madrid: En la imprenta real. Por Joseph Rodríguez y Escobar, impresor de la

Santa Cruzada. Año de 1714, es más poético hablar del “nuevo mundo” que de América:

Cytharas Europeas, las doradas
cuerdas templad, y el delicado pulso
pruebe a ver si acompaña un nuevo asombro,
que es numérica voz del nuevo mundo.

Sin embargo, en la aprobación que hizo a dicho libro Fray Luis Tineo de Morales en 1689, ni siquiera desde su perspectiva española, habla del nuevo mundo, sino de “el otro mundo”. Veamos:

Así confieso ingenuamente, que yo no he hallado cosa, que no sea muy admirable, muy decente, y de mucha enseñanza en todos sus escritos: Ni las personas, a quien ella los dirige, y con quienes trata, son para menos. En materia de lo que toca a nuestra Santa Fe Católica, no hay que decir, porque en esa parte todo va seguro. Por donde juzgo son muy dignos de salir a luz, para que todos vean qué cosas tan estupendas hay en el otro mundo, que ni tienen par, ni hay con qué compararlas. Así lo siento: Salvo, c. En este del señor S. Joachin, del Orden Premonstratense Madrid, y Agosto 20 de 1689.

En la introducción a *Medio Milenio de Venezuela*, Uslar Pietri reflexiona:

Los hispanoamericanos de un modo constante y muy superficial, se han calificado como pueblos o naciones jóvenes. Esta creencia ha tenido muchas consecuencias importantes en lo político y en lo social. Esto viene de algunas imágenes y tropos, casi literarios, que han influido sobre la manera como se ha visto esta realidad. El primer equívoco surgió del hecho

de haber llamado Nuevo Mundo al continente americano. Lo que hubo en realidad fue el encuentro, por primera vez, entre los europeos y los americanos, pero ambos eran tan viejos como el hombre y representaban dos vertientes de la misma familia, la de los mongoloides y la de los caucasoides. Más tarde llegaron los negroides. Tan antiguo era Moctezuma como Cortés, lo que fue nuevo fue la mutua y recíproca modificación que produjo su encuentro, local y universalmente.

La historia del “otro mundo”, sabemos que está llena de equívocos, porque Colón buscaba las Indias de los hispano-lusitanos. Todavía en el segundo viaje hizo jurar a su tripulación, so pena de muerte, que Cuba era la tierra firme de Catayo, (China). Es otro hispanoamericano, Américo Vesputcio, quien observa algo nuevo durante la expedición de Ojeda de 1499. Esto lo consigna Uslar en **No somos un Subcontinente:**

La primera vez que el nombre de América apareció en un mapa fue en el que elaboró en 1507 en Francia, Martín Waldseemuller, siguiendo las descripciones que Américo Vesputcio había hecho en 1500 en su famosa carta a Lorenzo de Pier de Médicis. Lo que Vesputcio conoció del nuevo continente fue precisamente la costa que va desde el Cabo de San Agustín en el Brasil hasta el Golfo de Venezuela, y es sobre esa descripción que el cartógrafo Waldseemuller traza el perfil del Nuevo Mundo en su mapa y coloca por primera vez el nombre de América sobre un pedazo de territorio que hoy corresponde al Brasil y Venezuela.

Pretender conmemorar “El encuentro de dos orbes”, que no celebrar, como declaró Leopoldo Zea,

es una perogrullada, puesto que los orbes no se encuentran. No hubo un encuentro de dos orbes cuando fueron a España los aztecas que llevó Cortés a la Corte de Carlos I en 1528, dibujados por Weiditz. Como observó Uslar, lo que sí se encontraron y descubrieron nuestros antepasados caucasoides fue a nuestros antepasados mogoloides de cuya fusión, incluyendo a los negroides, nació el **Mundo Hispánico**, que no el anglo-americano, entiéndase bien, puesto que a los germanos les atrae más la leyenda de Erik el Rojo, y en E.U. y Canadá no hubo fusión racial y por lo tanto tampoco nacimiento. Los indios en sus reservaciones y los mulatos, que entre nosotros son hispano-americanos, allí están catalogados bajo el nombre de “Blacks”. A nosotros nos apellidan “Hispanics”, que es lo que realmente somos. Es claro Arturo Uslar Pietri:

“Somos hispano-americanos y es esto y no otra cosa lo que nos da dignidad, valor y presencia ante el mundo.”

En el III Tomo de la edición que Juan Ignacio de Castorena y Urzúa estampó en Madrid el año de 1714, la dedicó casi por completo a recopilar alrededor de 60 poemas que a manera de exequias hicieron todos aquellos poetas de entrambos mundos que sintieron la muerte de Juana Inés como pudieron haber sentido la de Lope de Vega o cualquiera de los poetas que salvan el siglo de la Hispanidad. Fue en aquel momento fúnebre, en el que más se suscitó el problema de la relación de los mundos responsables del surgimiento al Parnaso de las letras castellanas de esta privilegiada criatura novohispana.

A continuación daré algunos ejemplos de la visión o la perspectiva española del asunto.

Félix Fernández de Córdoba Cardona y Aragón,
duque de Sessa:

Fácil, suave, aguda, decorosa,
Tercera vez entrambos Mundos llena
De admiración tu voz, dulce Sirena,
Que halaga fiel, que persuade hermosa,

Sin duda inteligencia prodigiosa,
Del afán ocultándote la pena,
Descubrió natural la fértil vena,
En doctrina, y conceptos tan copiosa.

Ya a la Parca rendida, la cediste
Cuanto mortal tributo, de la suerte
Al rigor contingente, preparaste:

Y al mismo padecerla, la venciste;
Que en uno, y otro Mundo, en vida, en muerte,
Todo cuanto supiste, lo lograste.

Pedro Verdugo, conde de Torrepalma, informa de
lo perplejos que estaban en España del genio de
Juana Inés:

¿Que murió, Juana, en ti? ¿Ya no te había
Tu afecto de la tierra separado,
Y dentro de ti propia mejorado
Tu estudio, tu ambición, tu compañía?

¿Qué murió en ti? La docta poesía,
Intérprete de todo lo ignorado,
En numeroso estilo, acomodado
De tu espíritu sabio a la armonía.

Murió, y una mujer, que tanta gloria
A el medio mundo de su clima inculto;
Y al débil de su sexo le concede;

Que rendido a su mérito y memoria,
El medio mundo racional, y el culto
Al bárbaro respeta, al débil cede.

FAMA, Y OBRAS POSTHUMAS

DEL FENIX DE MEXICO,

DEZIMA MUSA, POETISA AMERICANA,

SOR JUANA INES DE LA CRUZ,

RELIGIOSA PROFESSA

EN EL CONVENTO DE SAN GERONIMO

DE LA IMPERIAL CIUDAD DE MEXICO:

QUE SACO A LUZ

EL DOCTOR DON IVAN IGNACIO DE
*Castorena y Vrsina, Capellan de Honor de su Magestad, Proto-
notario Jure Apofolico por su Santidad, Theologo, Examinador
de la Nunciatura de España, Prebendado de la Santa
Iglesia Metropolitana de Mexico.*

CONSAGRADAS

A LA SOBERANA EMPERATRIZ

de Cielo, y Tierra, Maria
nuestra Señora.

CON LICENCIA,

En Madrid: En la Imprenta de Antonio González de Reyes,
Año de 1714.
*A cargo de Francisco Lazo, Mercader de Libros, vende en su Casa, en
frente de las Gradas de San Felipe el Real.*

Mateo Ibáñez, marqués de Corpa:

Si extrema el hado infiel tus tiranías,
Cuando nos arrepiente de dichosos,
Debieran los Ingenios prodigiosos,
O no empezar, o no acabar sus días.

Nunca nacieras, Juana, si es que habías
De dejar con tu falta querellosos
Dos Mundos, que ya muerta, de llorosos
Vierten su alma en tus cenizas frías.

Aún admira tu muerte por posible,
Y que la Parca fiera hiciese herida,
En quien tan toda espíritu se aclama:

Mas sirva de consuelo, que la horrible
Guadaña, que afiló contra tu vida,
Muchas plumas cortó para tu fama.

No fueron los grandes sino el criado del duque
de Arcos, Luis Verdejo Ladrón de Guevara quien
en un fragmento de su romance observó el mes-
tizaje cultural de Juana Inés:

¿Hasta cuando? ¿No te basta
Ver, que en la luciente pluvia
De tus arterias, dos Mundos
Preciosamente fluctúan?.

P O E M A S

DE LA UNICA POETISA AMERICANA,
MUSA DEZIMA,

SOROR JUANA INES DE LA CRUZ,

RELIGIOSA PROFESA EN EL MONASTERIO
de San Geronimo de la Imperial Ciudad
de Mexico.

QUE EN VARIOS METROS,

IDIOMAS, Y ESTILOS,

FERTILIZA VARIOS ASSUMPTOS.

CON ELEGANTES, SUTILES, CLAROS, INGENIOSOS,
y viles Versos, para enseñanza, recreo,
y admiracion.

TOMO PRIMERO.

DEDICADO

AL GLORIOSO PATRIARCA

Señor San Joseph, y à la Doctora Mystica, y
Fecunda Madre, Santa Teresa
de Jesus.

CON LICENCIA.

En Madrid: En la IMPRENTA REAL. Por Joseph Rodriguez y,
Escobar, Impresor de la Santa Cruzada. Año de 1714.

Véndese en Casa de Francisco Lasso, Mercader de Libros, frente de las
Graduas de San Felipe.

CORTES Y LA CREACION DEL NUEVO MUNDO

Arturo Uslar Pietri

“¿Qué hay en un nombre?”, se preguntaba Shakespeare para que tres siglos más tarde Wittgenstein pudiera responderle, con igual perplejidad: “¿Cómo es posible representar un mundo no-lingüístico en términos lingüísticos?”. Nada es más engañoso, cambiante y ambiguo que los nombres, siempre es oscuro lo que pretendemos expresar con un nombre y su relación con la cosa nombrada no es menos vaga. Nombrar es crear, toda la creación verbal del hombre, que es su mayor hazaña, tiene como base la virtud fecunda de ese descalco que, afortunadamente, no permite que lleguemos a saber todo lo que nombra un nombre, ni hasta dónde representa la cosa nombrada.

Buen ejemplo de ello lo constituye ese inmenso y nunca agotado hecho que hemos llamado de tantas maneras: el Descubrimiento de América, la Empresa de las Indias, el Nuevo Mundo o el encuentro creador de culturas extrañas entre sí. La novedad fue tan grande y tan inesperada que desquició y trastrocó los conceptos más aceptados y nada quedó indemne ante su súbita y creciente presencia. Nos acercamos al medio milenio de su aparición y está lejos de cerrarse el debate, la insegura definición y aquello que, ingenuamente, los primeros cronistas llamaron “la verdadera historia”.

Los europeos no tenían antecedente de semejante acontecimiento, la súbita aparición de una inmensa porción de tierra y humanidad de la que nada se sabía. Se podría hacer un largo catálogo de los equívocos inevitables que surgieron en aquella insolitez. No era fácil comprender que había surgido una nueva geografía que invalidaba la antigua, ni una nueva humanidad que negaba la unidad histórica tradicional, ni una nueva manera de ser hombre en una naturaleza extraña.

El primer nombre que brotó espontáneamente fue

el de Nuevo Mundo. Es el que usan Pedro Mártir y Vespucci, grandes divulgadores de la nueva. La primera visión fue la de “las islas del mar occidental recientemente descubiertas”. La novedad era la del hallazgo, lo que Vespucci llamaba “L’isole novamente trovate”, pero que muy pronto comenzó a conocerse como Nuevo Mundo. Este nombre, aparentemente tan simple, estaba lleno de equívocos y ambigüedades inagotables. Pedro Mártir se refiere críticamente a “las cosas del Nuevo Mundo que en España suceden”, de los europeos “idos a mundos tan apartados, tan extraños, tan lejanos” y, al referirse a la primera Misa que se cantó en el nuevo suelo, apunta “en otro Mundo, tan extraño, tan ajeno, de todo culto y religión.

Desde el primer momento del largo proceso todavía no cerrado se advierte claramente la dificultad de la asimilación conceptual y mental del insólito hecho. Todo parece diferente pero se busca desesperadamente, como una seguridad para la sobrevivencia, lo que pueda parecer familiar, conocido o semejante a lo que hasta entonces habían conocido los descubridores. Comenzaron a nombrar por aproximaciones y semejanzas. Animales, plantas, fenómenos climáticos extraños recibieron apelaciones de similitud externa que eran puras metáforas. Oían cantar el ruiseñor y creían andar en el país de las Amazonas. Sería tarea de psicólogos estudiar la significación de conjuro mágico para apaciguar temores que tenía el hecho de reporducir, en aquella tan distinta realidad física, la toponimia española.

La primera acepción del Nuevo Mundo es la que le dan quienes difunden la nueva por Europa. Es un mundo nuevo y desconocido para los europeos. Más tarde, y cada vez más acentuadamente, va a comenzar a parecer un nuevo mundo en sí, caracterizado por una situación distinta. El hecho comienza cuando se hace evidente que los españoles venidos a la

nueva tierra no podrán continuar dentro del mundo al que pertenecían antes de venir y que los indígenas tampoco podrán, nunca más, ser los mismos que eran antes.

Desde la mañana de Guanahani hasta el inicio de la fabulosa aventura de Cortés corre un tiempo de preludio. Es un cuarto de siglo en el que comienza a tomar fisonomía propia el nuevo hecho humano y natural. Un rico preludio en el que aparecen ciertas constantes, que se repiten y amplían hasta dominar, como el "leit motiv" en la música wagneriana.

En primer término, el nuevo escenario natural. No se va a agotar durante siglos el asombro y el desacomodo de los europeos ante la naturaleza americana: las relaciones, los testimonios de toda índole, expresan ese desconcierto y esa dificultad de adaptación. No tienen nombres para las cosas pero tampoco tienen parangón para los hechos naturales. No han visto viento como el huracán, ni noche pareja al día, ni estrellas del Sur, ni aquellos desmesurados ríos que llamaban mares dulces, ni aquellas gigantes cascas nevadas inaccesibles, ni las vastas llanuras a pérdida de vista, ni el manatí que parece una sirena, ni la llama que no parece pisar suelo, ni la profusión de pájaros desconocidos, ni la inversión de las estaciones, ni el pan, ni el habla, ni la creencia de aquellos seres fuera de clasificación.

También desde el primer momento concurren los tres personajes fundamentales del drama histórico. Aquellos españoles desplazados y aventados a lo desconocido, aquellos nativos que no se sabe cómo nombrar y que terminarán llamando metafóricamente indios, y aquellos negros esclavizados, que vienen a hacer lo que el indio no sabía y el español no quería, el duro trabajo de los labriegos y mineros de España.

Queda mucho por decir sobre el arduo problema

que constituyó la dificultad casi invencible de someter los indios antillanos a un régimen de trabajo a la europea, ni salario, ni capital, ni diferencia entre ocio y labor. Eran cazadores, recolectores, cultivadores de conuco, sin faena ni horario, sin sentido de acumulación ni de ahorro, a los que fue de toda imposibilidad transformar en "labriegos de Castilla".

También se inició allí el encuentro de los dioses. La creencia casi espontánea en deidades del trueno, la muerte y la cosecha y una religión militante, combativa, afirmada en una lucha secular contra los infieles. La presencia de España en las nuevas tierras no fue meramente una empresa imperial, precursora de las que otros pueblos occidentales llevaron adelante casi hasta nuestros días. No se trataba solamente de establecer factorías, estructuras de dominio militares y políticas superpuestas, sino de un propósito abierto y confeso de conquistar la tierra y los espíritus, no para establecer una dependencia astuta y próspera sino para cambiar radicalmente lo existente y crear un hecho humano nuevo. Tan importante, y acaso más, en la mentalidad de aquellos seres, era extender el cristianismo a todos los hombres como conseguir riqueza y señorío. No era ni siquiera imaginable respetar y mantener las creencias locales, había que imponer de inmediato y por los medios más expeditivos la verdadera fe.

Por esa misma actitud surge igualmente el otro conflicto característico de aquella empresa única. La necesidad de dominar y de obtener poder y riquezas chocaba continuamente con los principios y la moral de la religión católica. Había una incompatibilidad inconciliable en la contradictoria pretensión de dominar y de evangelizar compulsivamente al mismo tiempo. Tuvo que surgir una crisis de conciencia, única en la historia del mundo. Someter a los indios y mantenerlos en la pacífica y tranquila práctica de sus cultos, con la supresión de algunos

ritos inaceptables, como los sacrificios humanos, hubiera sido posible. Someterlos y cambiarles al mismo tiempo su creencia secular, parecería imposible, pero fue, sin embargo, lo que se pretendió hacer.

No tuvieron éxito en la tentativa de hacer de los indígenas "labriegos de Castilla" pero, en cambio, lo tuvieron de una manera peculiar y viviente en convertirlos a la fe católica. Lo que surgió fue una cambiante y rica forma de sincretismo religioso y cultural. Se empeñaban en hallar trazas de coincidencias con la práctica y los símbolos del catolicismo en algunos ritos y representaciones indígenas. Se veían cruces en los monumentos mayas y aztecas y se llegó más tarde a pensar en una milagrosa predicción del Evangelio hecha por el Apóstol Santo Tomás.

La crisis de conciencia se plantea de inmediato desde los primeros sermones de los frailes misioneros. ¿Era posible conquistar con las armas cristianamente? Se estaban ganando nuevas tierras pero se podía estar perdiendo el alma. Este dilema, insoluble e insoluto, no se ha planteado nunca en tales términos a ninguna potencia conquistadora de la historia. No se planteaba evidentemente porque en las expansiones imperiales de los tiempos modernos no hubo ni motivación ni preocupación religiosas. Los colonos de Nueva Inglaterra querían vivir con toda pureza su propia fe cristiana, pero nunca pensaron como razón principal de su empresa la de evangelizar a los indígenas. La separación entre lo que correspondía a César y lo que correspondía a Dios fue completa.

El inagotable debate, nunca concluido, que aparece desde el encuentro va a condicionar los más apasionados y eruditos pronunciamientos, va a alcanzar su culminación en la polémica trágica de Las Casas con Sepúlveda y va a condicionar la comprensión

de la historia y la mentalidad hispanoamericana de manera indeleble.

La noción del Pecado Original, de tanta consecuencia en la mentalidad cristiana, fue trasladada, con todas sus consecuencias políticas y psicológicas, al nacimiento de un inmenso ser colectivo. Las voces que alzaron Las Casas, Vitoria y tantos otros, durante siglos, no han dejado de resonar nunca en la conciencia de la identidad hispanoamericana.

La tríada, que va a dirigir el proceso de la creación del Nuevo Mundo, queda formada desde aquel primer momento: el conquistador, el fraile y el escribano. El conquistador, que es un hijo de sus obras que todo lo tiene en el futuro y en la voraz esperanza, el fraile que se esfuerza en afirmar el propósito intransigentemente evangelizador de la empresa, y el escribano, que personifica el Estado y sus leyes. Ninguno de los tres hubiera podido actuar solo. Cada uno representaba parte esencial de una unidad de propósitos que los dominaba continuamente. El hombre que se apoderaba de la nueva tierra, el que de inmediato comenzaba a convertir a los nativos más allá de la barrera de las lenguas, de la comprensión y de la posibilidad real, y aquel otro que representaba la ley del Estado y daba forma legal y valedera a lo que de otro modo no habría pasado de simple expolio.

Una presencia real, la de un hombre que se jugaba su propio destino, y dos seres no menos heroicos, que representaban mucho más que ellos mismos, la Iglesia universal y la Corona de tantos reinos y señoríos, con su jurisprudencia, sus cortes, sus órganos de poder, sus magistrados, sus jueces, y su rey y señor.

Esa primera etapa de la Conquista define y crea las formas que va a revestir el inmenso hecho que ape-

nas tiene allí su prodigiosa víspera. Lo que allí se hace y define va a determinar en mucho toda la acción futura. Aparecen las nuevas necesidades y las nuevas funciones. Nada hay de semejante en el pasado que ofrezca modelo. La lucha secular contra los moros era una empresa de reconquista para recuperar lo que les había sido arrebatado y restituirlo a lo que imaginaban su verdadero ser. Van a resucitar viejos nombres y funciones de la frontera de combate de siete siglos. Reaparecerán los Adelantados, las formas de dominio de frontera, se crearán instituciones nuevas con viejos nombres, como la Encomienda, y se adaptará a las nuevas necesidades el viejo aparato administrativo peninsular.

Todos los que llegan tienen de inmediato la sensación de que se está en la víspera ardiente de nuevos e increíbles hallazgos. Desde Colón se ha recorrido buena parte del Caribe y se ha topado con la Tierra Firme. Continuamente salen nuevas expediciones que van revelando la dimensión inabarcable de aquel mundo alucinante. Todo parece posible, desde hallar el Paraíso Terrenal, hasta entrar en el reino de las Amazonas, alcanzar El Dorado, la Fuente de la Juventud, las montañas y los ríos de oro y los mares cuajados de perlas.

En la etapa antillana aparecen y toman forma las grandes cuestiones que van a caracterizar todo el largo proceso. El choque cultural que produce el encuentro, el problema de la asimilación de los indígenas, las dificultades de trasladar pura y simplemente el modelo europeo de producción y sociedad, la necesidad imperiosa de atender a circunstancias nuevas que deforman y desnaturalizan los propósitos y los planes, el surgimiento de varios estratos en los que la realidad mal definida y los conceptos formados en la experiencia histórica del Viejo Mundo entran en constante pugna y contradicción.

Acaso la institución que mejor refleja y representa este difícil acomodo entre dos mentalidades ante una situación inusitada es la Encomienda. No necesitaría más que remitirme a Silvio Zabala, que al través del luminoso estudio de esa institución sui-géneris ha penetrado hasta lo más profundo la peculiaridad inherente de la nueva sociedad. Dentro de esa creación heterogénea que es la Encomienda, se forma el instrumento más activo y poderoso de formación social. Es dentro de ella que se decide la pugna entre las aspiraciones señoriales de los conquistaodres que aspiraban a recrear una Castilla medieval, y la voluntad regalista de la Corona que va a predominar. En los laboriosos pliegos de la encuesta que realizaron los frailes jerónimos en La Española está el acta de nacimiento del Nuevo Mundo.

En esta ilustre casa, que es como la conciencia de España, estamos congregados hoy para conmemorar el Quinto Centenario del nacimiento de Hernán Cortés, el 23 de octubre de 1485 y, con él, medio milenio de la aparición del Nuevo Mundo, digo mal, no de la aparición sino del comienzo del inmenso proceso de la creación del Nuevo Mundo.

El culto de los héroes siempre ha tenido la negativa consecuencia de hacernos perder de vista todo lo que hay de colectivo y de anónimo en la obra de las grandes personalidades históricas. Con ojos de poeta épico más que de juglares, tendemos a mirar sus hechos como dones gratuitos de un azar prodigioso que poco le debe a lo ordinario, que brota fuera y por encima de las circunstancias, y que viene a realizar la misión, casi sobrenatural, que los demás hombres no eran capaces de intentar.

No hay cómo desconocer la condición heroica de Cortés en todas las acepciones que la palabra tiene, desde la de sobrepasar los límites aparentes de la condición humana, la de encarnar un gran momento, la de confundirse con su obra, la de reunir en su

acción los dones heráldicos del león, del águila y del zorro, hasta la virtud suprema de hacer historia, crear leyenda y personificar mito.

Ese grandioso proceso que se ha llamado la Conquista de América, con un nombre que falsifica irremediablemente la cosa, no fue la obra inexplicable de un hombre y, ni siquiera, de un puñado de hombres, fue una de las mayores si no la mayor, de las empresas colectivas que han llevado al hombre a sobrepasar su condición individual.

Todos tomaron parte, en grado variable, desde las señeras figuras de los Reyes Católicos, Doña Isabel y Don Fernando hasta los hidalgos pobres de “rocin flaco y galgo corredor”, los letrados, los teólogos, el cambiante mundo de la picardía, los campesinos, los frailes, todos los hombres ávidos de acción y de aventura a quienes la increíble noticia fue alcanzando, como el eco de una campana de rebato. Se había hallado una nueva tierra, se había revelado una nueva ocasión para los hombres, había sonado la hora milagrosa en la que todos podían y querían ser los hijos de sus obras.

El Estado no había hecho planes y proyectos, sino que sobre la marcha se fue adaptando al torrente de novedades para las que no había respuesta adecuada en el arsenal de la vieja experiencia histórica.

El niño que crece en la casa del hidalgo pobre, Martín Cortés, se tiene que sentir literalmente rodeado de prodigios. Parece haberse alcanzado el largo anhelo militante de unificar a España, se ha ganado Granada, se triunfa en Nápoles, y más allá del mar oceánico se han hallado tierras desconocidas. La conversación de los peregrinos, el relato impresionante de los que habían regresado o habían podido hablar con alguien que había regresado, era el vasto dominio de la conseja, de la leyenda, de las descomuna-

les aventuras, mucho más alucinantes que las que por el mismo tiempo comenzaban a realizar, en las páginas de los escasos libros, los caballeros andantes.

Su padre ha resuelto que sea letrado. Debió conocerle condiciones de inteligencia que justificaban el costoso esfuerzo de enviarlo a una de aquellas cuatro lumbres de Occidente, que era la Universidad de Salamanca.

Llega a una casa famosa, servida por sus ilustres maestros. Están allí, o han dejado su huella reciente, los más célebres teólogos, filósofos y juristas. Está vivo todavía el eco de la voz de Nebrija y su afirmación de que “la lengua es la compañera del imperio”. Es también un tiempo de renovación del pensamiento entre las corrientes humanistas que vienen de Italia y la renovación de la filosofía cristiana que viene del Norte en los escritos de Erasmo. Todo revela la inminencia de un nuevo tiempo del hombre, que comprenderá desde la idea cristiana hasta las desconcertantes noticias de nuevas tierras.

Los sabios maestros de teología, metidos en sus sutiles disputas de tomistas y escotistas, nunca llegaron a sospechar que entre aquellos jóvenes que animaban con su bullicio los claustros y los patios de la venerable casa había uno que iba a ser mirado por un pueblo entero como un dios viviente.

No perdió su tiempo el joven Cortés, muchos años más tarde Bernal Díaz dirá: “Era latino y oí decir que era bachiller en leyes, y cuando hablaba con letrados u hombres latinos respondía a lo que le decían en latín. Era algo poeta: hacía coplas en metros o en prosa. Y en lo que platicaba lo decía muy apacible y con muy buena retórica”.

El dilema de su tiempo se le debió plantear dramáticamente: las armas o las letras, la vida del letrado



Unico retrato para el cual posó
Hernán Cortés,
a principios de 1529, para el grabador alemán
Cristóbal Weiditz.

o la fascinante aventura de la guerra en Italia o en las Indias. Cuando sale de Salamanca encontrará el camino que lo ha de llevar a la realización de su gran destino. No era un camino claro, sin desvíos y sin dificultades, el que lo va a llevar desde Salamanca hasta embarcarse a principios de 1504 para llegar al Puerto de Santo Domingo.

No llega con la impaciencia de aventuras que se le supone al conquistador. Llevan 12 años los españoles en Santo Domingo. El establecimiento comienza a asentarse y a tomar una fisonomía estable. Verá partir a Colón por última vez de regreso a España, y mientras salen audaces expediciones en busca de nuevas tierras y de la fabulosa masa continental él va a permanecer en actividades casi rutinarias de colono establecido. Recibirá tierras y repartimientos de indios, desempeñará funciones de escribano y secretario, y cultivará su tierra con buen provecho. Los hombres más famosos de la conquista desfilan ante su mirada serena. Nada parece tentarlo como no sea la segura vida del rico colono y del poderoso hombre de justicia.

En 1511 va con Diego Velásquez a establecerse en la isla de Cuba. No es una aventura sino un tranquilo traslado para mejorar de condición. Cultiva la amistad del obeso Gobernador, se mete en los líos inevitables de la pequeña comunidad expatriada, ve salir las expediciones de Hernández de Córdoba y de Grijalba en busca de la costa de Yucatán.

A fines de 1518, cuando ya lleva 14 años de próspero y respetado colono, oye la llamada del destino.

Una expedición bien pensada, sólidamente preparada, llevada adelante con un infalible criterio de empresario sagaz. Pone su riqueza, que ya es de consideración, reúne otros aportes, adquiere navíos, recluta hombres, compra materiales y armas, hasta

que tiene once naves, 663 hombres, 16 caballos, arcabuces, algunos cañones de cobre y la tranquila resolución de llegar hasta el límite de las posibilidades que se le ofrecían.

La ruptura con el Gobernador Velásquez era inevitable y prevista. No iba un hombre como él a emprender aquella incomparable empresa como un simple subalterno del Gobernador de Cuba.

Desde el primer momento parece marchar en el camino de una misión claramente intuída y aceptada, va como en cumplimiento de las fatales etapas de un supremo designio. Un designio ante el que no flaquea no sólo porque cuenta con la decisión heroica de su gente, sino porque se siente asistido de un poder sobrenatural que le ha confiado el empeño insuperable de llevar la fe y la salvación a los infieles.

Aquellos hombres que venían de convivir con los indígenas de las Antillas, con tribus de cazadores y agricultores de conuco, iban a hallar ciudades que les parecerán tan grandes como las de España, con una organización completa de la sociedad y con formas de civilización urbana que nunca habrían visto en las Indias.

No se pueden leer los testimonios que nos han quedado de aquella insólita hazaña sin advertir de inmediato el sentido sinceramente religioso que tienen para todos ellos.

Cada cambio de paisaje va a ser un cambio de cultura. El mundo de la dominación azteca no era homogéneo ni en lengua, ni en tradiciones religiosas, ni en sentido de la vida. Era el fruto de una reciente dominación política y militar sobre distintas civilizaciones ya antiguas. Es lo que van a ir aprendiendo, de asombro en asombro, a medida que avanzan y cambian de entorno. Han tenido la in-

mensa fortuna de topar con Aguilar y con la Malinche. Al revés de ellos cobra sentido y forma el confuso panorama humano que los rodea y sumerge.

Van descubriendo rápidamente la situación de aquel extenso país y sus conflictos internos, van a conocer con espanto los ritos homicidas de su religión y con admiración los refinamientos de su arte. La primera embajada que llega a Cortés es el deslumbrante anuncio de la extraña novedad humana, de su arte y de su riqueza. Van a aprender los nombres nuevos o a crearlos para tantas nuevas cosas. Van a percatarse de que se les mira como dioses, dioses del viejo panteón mexicano que han vuelto. Lo que conocemos de la impresión de los aztecas es revelador de una actitud de terror cósmico. Volvía Quetzalcoatl a cumplir la profecía, la Quinta destrucción del mundo iba a comenzar. Más allá de las realidades físicas, de las armas, los caballos, el arte de la guerra y la viruela, estaba el choque de dos espíritus. Lo que se abre de inmediato es el conflicto religioso que todo lo va a dominar y a determinar. No la guerra de los hombres, que podía encontrar muchas formas de acomodo, sino la guerra de los dioses que no admite tregua.

Es de esa guerra y no del proceso ordinario de establecimiento de un imperio colonial que surge la simiente del Nuevo Mundo. De la guerra de los dioses han surgido los nuevos mundos culturales. Así se hizo Occidente, no de la mera romanización que impusieron las legiones de César, sino de la lucha abierta del cristianismo contra las inmemoriales formas del paganismo europeo. Ciertamente es que no se llega a destruir nunca por completo una religión local y que ella persiste en muchas formas bajo la nueva religión impuesta. La saga de la cristianización de Occidente está llena de ejemplos de esta asimilación, por la fuerza que engendra la simbiosis básica de las viejas creencias con las nuevas. Las fuentes, los ár-

boles y las piedras sagradas del paganismo rural se absorbieron en las nuevas formas de rito y advocación impuestos por la Iglesia.

Cuando Cortés echa a rodar brutalmente los ídolos aztecas en Cempoala, abría el cruento corte para el injerto del que iba a nacer el rasgo fundamental de un Nuevo Mundo. El rápido proceso de absorción y deformación de las viejas culturas, no creó una tabla rasa para implantar la española, sino que estableció las bases de una diferente y nueva realidad cultural. Desde ese momento quedaba abierto el camino para que Juan Diego tropezara un día con la Virgen de Guadalupe, con aquella María Tonantzin que reunía en su seno la fuerza creadora de las viejas creencias para servir de base a una nueva realidad espiritual.

Apenas asegurada la dominación militar llega la otra expedición, la más ambiciosa y temeraria, la de los doce frailes franciscanos que van a acometer la impensable empresa de hacer cristiano el imperio de Moctezuma. Los atónitos aztecas vieron a Cortés, en medio de todo su aparato de conquistador victorioso, ponerse de rodillas para recibir a los doce pobrecitos de Cristo.

Ninguno de los dos mundos sobrevivirá plenamente a esa confrontación total. Uno y otro van a cambiar no sólo dentro de los límites físicos del nuevo escenario, sino mucho más allá. La incorporación de América a la geografía y a la historia universales marca el comienzo de un nuevo tiempo del hombre, de inagotables consecuencias en la vida y en el pensamiento del Viejo Mundo. De ella se alimenta aquella crisis de conciencia que va a atormentar a los pensadores europeos por siglos, desde Tomás Moro hasta Rousseau, hasta crear el mito revolucionario y transformar el destino de la humanidad.

Se conoce en todos sus detalles exaltantes y terribles la hazaña de Cortés y de sus compañeros, que en cortos años va a someter a la Corona de Castilla territorios decenas de veces más grandes que el de la Península. Lo que importa mirar ahora es el significado y las consecuencias de ese encuentro.

No se trata de un mero hecho de conquista, que tantas veces se ha dado en tantas épocas, sino de ese raro fenómeno que tiene su antecedente en el continente europeo en el tiempo que va desde la muerte de Teodosio hasta la coronación de Carlomagno. El factor decisivo en la creación de Occidente no fue la extensión política y administrativa del dominio de Roma, sino, sobre todo, la asombrosa empresa de la cristianización de los paganos.

El fenómeno se da en el Imperio español de un modo mucho más dinámico y completo. En medio siglo se completará la estructura, el carácter y las formas de integración de esa masa continental desconocida. La experiencia de México define el carácter y las peculiaridades de aquella obra única.

La marcha de Cortés a Tenochtitlán podría ser vista, casi, como la transposición, en símbolo y alegoría legendaria, de un remoto hecho histórico, como ha pasado con las sagas de los más viejos tiempos.

Todo es simbólico y reviste casi un carácter de ceremonia sagrada para representar el hecho mítico de la fundación de un pueblo. Es simbólico, a pesar de ser real, el hecho de que Cortés destruya las naves. Era la manera de expresar que aquella empresa no tenía regreso ni vuelta posible al pasado. Es profundamente simbólica aquella llegada ceremonial de los conquistadores a Tenochtitlán. Aquel ser divinizado por sus vasallos que era Moctezuma, en toda su pompa sagrada, rodeado del complicado aparato de su cultura, a la entrada de la extraña ciudad del lago, con sus calzadas y sus torres y

aquel otro ser doblemente divinizado que era Cortés para sus hombres y para él mismo, por la convicción suprema de venir en cumplimiento de un designio divino, y para los atónitos aztecas que lo veían como Quetzalcoatl regresado.

No tenían lengua para poder hablar directamente, no tenían nombres para designar las cosas que pertenecen a cada uno de los dos mundos. Es por aproximación, por semejanza, por deformados ecos como pueden distinguir las cosas nuevas para cada uno. Los caballos son venados gigantes, la plaza de Tenochtitlán es dos veces la de Salamanca. Con ojos asombrados Cortés y sus compañeros han visto tantas novedades increíbles, las cosas, los templos, aquellas fieras, aquellas aves, aquellos peces de los palacios del soberano azteca y el maravilloso retablo del mercado de Tenochtitlán, que eran como una síntesis viviente de la presencia de un mundo desconocido. "Por no saber poner los nombres no las expresa", le dice al Emperador en su carta.

No las expresan, pero las sienten los dos protagonistas, en la violencia de la guerra y en la oscura germinación del orden impuesto, tan estrechamente unidos, tan inminentemente mezclados, tan fundidos en uno como los luchadores en su abrazo de vida y muerte.

A partir de allí habría que comenzar a contar no por años, ni por los siglos de los cristianos, ni por las sucesivas catástrofes universales de los aztecas, ni por los reinados de los príncipes, ni por los cambios de decorado, sino por las estaciones del espíritu, por las etapas del vasto drama de una nueva creación humana.

No será ya solamente México, sino las tierras del Mar del Sur, los pueblos de los Andes, de la puna, de las selvas pluviales del Amazonas y del Orinoco, de las ilimitadas llanuras, de los nuevos poblados, de

las viejas urbes con sus nuevos patrones celestiales, del casi geológico acomodamiento entre fuerzas y tensiones transformadoras del paisaje humano.

Lo que comienza a surgir no va a ser una Nueva España, como pudieron desearlo los conquistadores, ni tampoco va a mantenerse el México Antiguo. No va a ser ni lo uno ni lo otro, sino el vasto surgimiento de una confluencia que refleja el legado de sus forjadores, con sus conflictos y sus no resueltas contradicciones en el múltiple e inagotable proceso del mestizaje cultural americano, que ha hecho tan desgarrador y vivo el problema de su identidad.

De allí va a tomar cuerpo, en toda su asombrosa variedad, esa nueva sociedad de tan viejas herencias y tan poderosas solicitaciones de futuro, que nunca fue cabalmente las Indias, ni tampoco una geográfica América casi abstracta. Los hijos de los conquistadores, los de los indígenas, los herederos de las contrarias lealtades y las opuestas interpretaciones, los que sienten la mezcla fecunda en la sangre y sobre todo en la mente, los causahabientes de los indios, de los españoles, de los negros y de las infinitas combinaciones de cultura que se produjeron y se producen, los que sienten combatir en su espíritu los llamados conflictivos del pasado y del presente, los que nunca dejaron de sentirse en combate consigo mismos, fueron y tenían que ser los actores de una nueva situación del hombre.

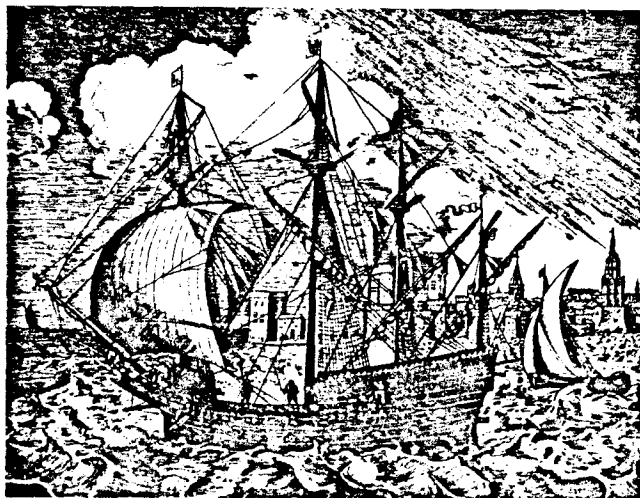
De esa peculiaridad creadora vendrán el Inca Garcilaso de la Vega, Sor Juana Inés de la Cruz, Rubén Darío, "muy siglo diez y ocho y muy antiguo y muy moderno; audaz, cosmopolita", y los creadores del realismo mágico en la novela, que han llevado ante el mundo la inconfundible presencia de la otra América. Nada fue simple trasplante o inerte yuxtaposición de formas. Desde la Catedral de México y las casas del Cuzco, que revelan las capas culturales

por pisos casi geológicos, hasta Brasilia. Desde la afirmación del barroco de Indias que mezcla las sensibilidades distintas en el templo y la piedra labrada y en la poesía. Desde la pintura y la escultura, que pronto comienzan a revelar otro carácter cada vez menos enteramente asimilable al de los estilos de Europa, desde el culto y la conciencia del ser hasta el lenguaje, este castellano, tan genuino y tan propio, tan antiguo y tan nuevo, que expresa la presencia poderosa de una identidad cultural. Habría que llamar a este juicio a todos los grandes testigos de la creación y de la afirmación de ese gran hecho creador, a los fundadores, a los comuneros, a los capitanes de insurrección, a los antagonistas de la palabra y de la acción, a los libertadores, a los buscadores de un nuevo orden para aquella sociedad peculiar, a los que creyeron estar siguiendo algún modelo extranjero y se hallaron metidos en una empresa de genuina creación propia, a todos los que han sido y siguen siendo factores y creadores del mestizaje cultural.

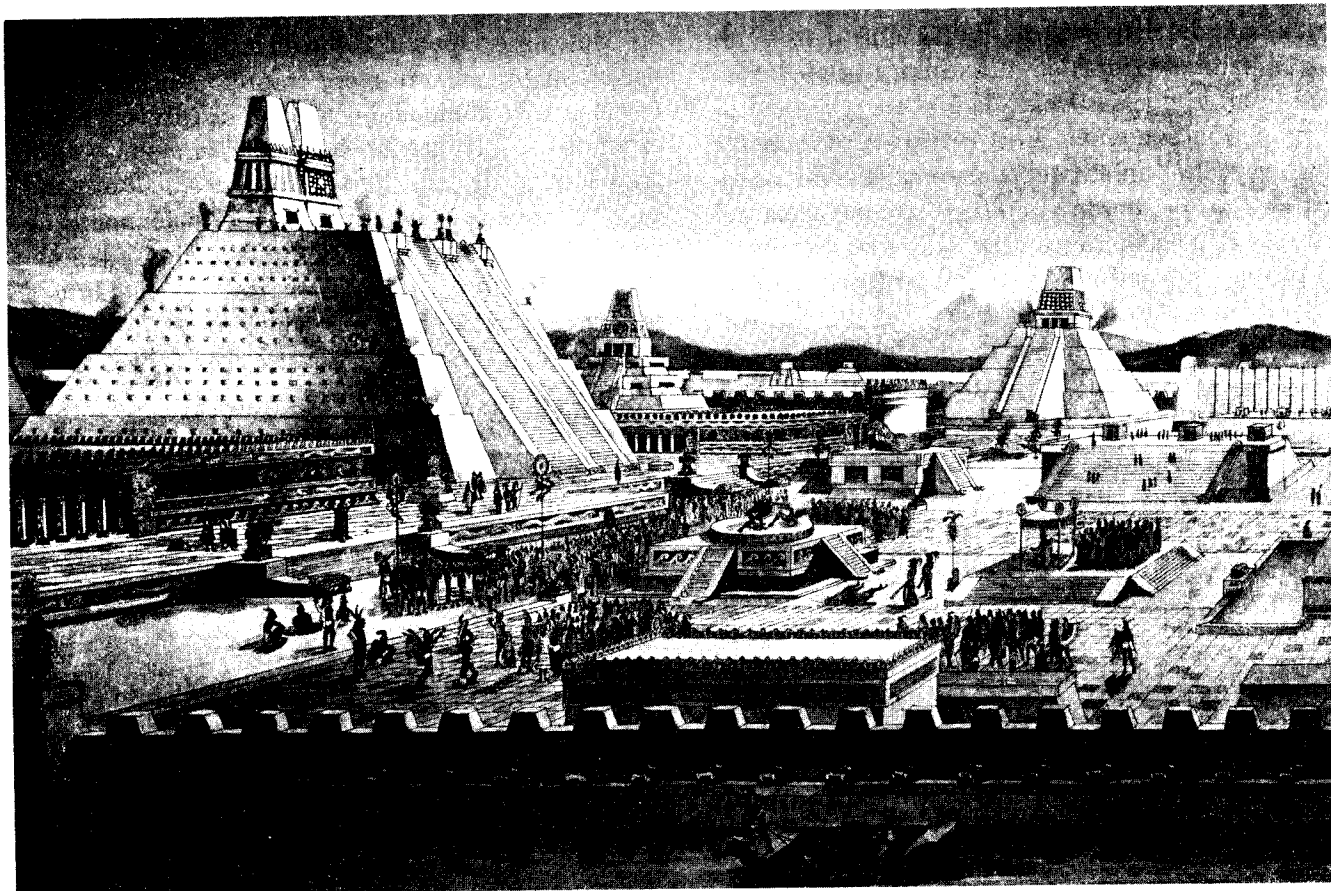
Cuando se abre el segundo o tercer acto del gran drama de la creación del Nuevo Mundo, los hombres de la Independencia, tan cercanos de los liberales de España, toparon con el viejo enigma del propio reconocimiento. Bolívar lo sintió y lo expresó con palabras certeras que no han perdido su validez. "No somos europeos, no somos indios. . . somos un pequeño género humano, poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias, aunque, en cierto modo, viejo en los usos de la sociedad civil".

A la luz de esa condición, en presencia de lo que ha sido, de lo que ha llegado a ser, de lo que está en camino de llegar a ser esta vasta parte de la geografía y de la humanidad que todavía llamamos nueva, habría que intentar una nueva lectura desprejuiciada y valiente de tan inmenso hecho.

En ninguna parte puede encontrar mejor resonancia semejante esperanza que en esta noble casa, tan ligada históricamente a esa empresa abierta, a esta fascinante posibilidad de creación de futuro. Lo que estamos conmemorando hoy aquí, al amparo de la gran lumbré de este polo de la conciencia hispánica, siete veces secular, no es sólo el nacimiento de un grande hombre, sino su contribución a ese hecho fundamental de la historia de ayer y de hoy, a esa gran realización que habremos de seguir llamando, con toda propiedad y justicia, la Creación del Nuevo Mundo.



Tomado del *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*. No. 272, de Caracas, Venezuela.



LA VERDADERA FUNDACION DE MEJICO

Salvador de Madariaga

Aniversarios y centenarios, ¿qué son sino invitaciones a la meditación, altos en el camino que el peregrino aprovecha para mirar el paisaje, el recorrido y el por recorrer? Aquí estamos los hispanos, contemplando los cuatro siglos y medio que han pasado desde que, sobre las ruinas del Tenochtitlán de los aztecas elevó Hernán Cortés el Méjico de los mejicanos. A poco que lo miremos, surgirán de nuestra meditación toda suerte de imágenes, ideas, problemas, misterios.

Misterios, sí. Porque nuestro Méjico de hoy nace del encuentro de dos misterios que quizá ni aun hoy hayan conseguido inter y contra-iluminarse para así resolverse y disolverse mutuamente en una luz común. Misterio azteca en sí; misterio español en sí, y doble, mucho más que doble misterio el encuentro de ambos, reflejándose el uno en el otro y multiplicándose como en dos espejos paralelos.

No hay quizá en toda la historia humana una sola nación —ni aun el Perú— que pueda disputarle a Méjico la nobleza de su venida al mundo como nación moderna. Ello se debe a que el encuentro de los dos pueblos que la procrean se produce en un ambiente de singular altura; tanto que da pena pensar que, por carecer unos de la misma altura, otros de la buena fe indispensable para manejar la historia verdadera, esta historia que parece leyenda, esta leyenda que resulta ser historia —la confluencia de los dos pueblos progenitores de Méjico— se vea tantas veces rebajada a cuentos y recuentos de cargamentos de oro y de pies abrasados y de corazones sangrando, cuando su esencia es el encuentro de dos misterios nobles; dos misterios que como tales, procrean nobleza.

¿Dónde se hallaría, en qué historia, relato más ricamente engarzado en la tragedia humana, collar de escenas, cada una un diamante inolvidable, si no es

en la Conquista que procreó al Méjico actual? A buen seguro que ello se debe a los españoles que por doquier en la historia dejan escenas inolvidables —Balboa cayendo de rodillas al divisar el mar del Sur, la raya en el camino trazada por la espada de Pizarro— pero ninguna de ellas vale en belleza y nobleza lo que tantas que esmaltan el collar de diamantes de historia que al conquistarlo echa al cuello del Anáhuac el gran Hernán Cortés. Y ello se debe a dos causas: la superioridad de Hernán Cortés como hombre, y como adalid; y la nobleza natural del indio mejicano, encarnada en Moctezuma y en Cuauhtémoc.

Así pues, lo que más unía en el fondo a indios mejicanos y españoles era ese don de la nobleza natural tan difícil de definir como fácil de adivinar; y pudiera muy bien ser que este don común a españoles y a indios mejicanos se debiera a la presencia constante entre ellos de la más fiel compañera del hombre, que es la muerte. Ciertamente, las formas que la muerte solía presentar entonces en el Anáhuac provocaban honda repulsión entre los españoles; pero, si, venciendo esta repugnancia, penetramos hasta la raíz de las cosas, nos daremos cuenta de dos aspectos de la cuestión que merecen apuntarse: la diferencia, a este respecto, entre aztecas y españoles era cosa de grado más que de índole; y la familiaridad de unos y otros con las hazañas más feroces de la muerte otorgaba tanto a los aztecas como a los españoles una nobleza singular. Todo lo que hacían revestía ipso facto el tono mayor de quien vive al borde del abismo, y sin embargo, vive con sencillez y sin aspavientos.

El mero hecho de considerar como cosa normal y usual los sacrificios humanos o la descuartización de los criminales o adversarios no basta, claro está, para otorgar nobleza a una cultura. Otras cosas han menester y esa no; o dicha de otro modo, la condi-

ción de codearse con la muerte no es ni necesaria ni suficiente para lograr la nobleza. Pero en la historia humana no se da relato de más espléndida nobleza que el de la tragedia de Hernán Cortés, Montezuma y Cuauhtémoc; en ello entraba en no poca dosis el hecho de que todos, unos y otros, protagonistas y coros, vivían con natural sencillez al borde de la muerte.

Hernán Cortés, padre del Méjico actual, es una de las grandes figuras de la historia universal, y la más grande no ya de la Conquista de América sino de la historia de España. Así como los ingleses, hombres de acción, han dado a Europa en Shakespeare su poeta más excelso (poeta: hombre de pasión) así los españoles, hombres de pasión, han dado a Europa, y a Méjico en Cortés, su más grande estadista y hombre público (hombre de acción). Si Hernán Cortés se hubiera llamado Courtley y hubiese nacido en Plymouth, sería un héroe universal; pero como es español. . . así va el mundo. Porque era "latino" y sabía leyes, que había aprendido en Salamanca, y porque manejaba armas y caballos casi por don natural, vino a encarnar como una síntesis de aquellas dos ramas del vivir humano que tanto ocupaban a don Quijote: las armas y las letras; y maestro en ambas, escribió al emperador unas cartas de relación que constituyen la primera obra en fecha y quizá también en mérito de la literatura mejicana.

Este hombre que iba a conquistar a Méjico lo llevaba ya dentro antes de haberlo visto, pues en su ánimo predominaban el águila y la serpiente, símbolos de su futura patria; y toda su carrera se irá desarrollando por inspiración ya del ave que domina las alturas ya del reptil que se adapta a los recovecos. Pero, astuto nunca fue falso; y cauto, siempre fue valiente; al punto que en su estilo de vida domina una tendencia neta a escoger siempre entre dos riesgos

el mayor, y ante un peligro acudir siempre en persona al punto mismo en que ardía su destino.

Porque Hernán Cortés sólo era serpiente en la táctica, y siempre águila en la estrategia. Y esta claridad y aun clarividencia de su visión fue la virtud que lo hizo adalid de hombres; que los hombres de acción, como lo son los soldados, han menester clarividencia y claridad; y "sobre todo corazón, que es lo que importa", como dice su gran soldado y cronista Bernal Díaz del Castillo, al escribir su retrato. Cosa, en efecto, importante, porque sin corazón se siente el hombre desarmado no sólo frente a la acción sino también a veces frente al pensamiento, que en el hombre todo contribuye a todo, y a quien le falta valor le es más difícil reconocer la verdad al paso. Cortés poseía como pocos esa virtud suprema del hombre de acción que es la objetividad. Veía las cosas como las tenía delante, sin dejarse engañar por nada ni por nadie; de modo que en aquel grupo de hombres de dos mundos que vivió la tragedia hispano-azteca era con mucho la inteligencia más capaz, amplia y moderna. Este su juicio para estimar y ver lo que estaba pasando fue su don supremo como adalid.

Este hombre singular, modelo de hombre de acción, no habría sido español si en su árbol espiritual no hubiera brotado un ramo de locura, esa querencia hacia lo irracional que, al faltar en el hombre puede hacer de él un triste o un alcohólico. De su férrea razón Cortés se escapaba por la claraboya de la fe. Cuantas veces, después de haber logrado su propósito con luz de inteligencia y vigor de voluntad, pondrá en peligro su gran empresa echándolo todo al albur de una quijotada religiosa, como su golpe de barra al entrecejo de Uichilopochtli, con el cual, por choque de los dos misterios encontrados provocó a enemistad mortal al hasta entonces su amigo Montezuma.

Pero Cortés había nacido para más de lo que él sabía y quería. El vió desde muy pronto una Nueva España como otro de los reinos a poner bajo el cetro del ya tan coronado Carlos Quinto: más no vió, (ni podía verlo, que se lo estorbaba un promontorio de tres siglos de tiempo) que lo que de veras estaba fundando era la nación mejicana de hoy.

Fué, sin embargo, Cortés el primer patriota mejicano; el primer hombre que se enamoró de la tierra mejicana y la equiparó a España, por su grandez y elevación, que así es en efecto Méjico, como España, una señorial altiplanicie; y no he escrito “señorial” a humo de pajas, que Cortés escribe a Carlos V cómo dictó ordenanzas para que los españoles se quedaran en sus tierras y no alzarán el vuelo (como lo habían hecho en las Islas) en cuanto las habían esquilado “mayormente siendo esta tierra, como muchas veces a V. M. he escrito, de tanta grandeza y nobleza”. Padre de Méjico, no sólo por la labor histórica —trágica pero creadora— de la Conquista sino porque cuando fundó su capital ya llevaba a Méjico en el alma.

Tierra y hombres. El sentido no libresco y teórico pero sí espontáneo y vívido, de la más perfecta igualdad animaba no sólo a Cortés sino a todos sus compañeros. Este es el aspecto más original de las conquistas españolas, nunca más evidente que en la de Cortés. Los españoles llamaron siempre a las dos indias que tan fielmente acompañaron una a Cortés otra a Alvarado, doña Marina y doña Luisa, por ser hijas de familias potentes que en España habrían llevado el don; así que Doña Marina era doña cuando Cortés era sólo Hernán. Esto no es un detalle sino una flor de honda raíz. Tan “don Martín” fue el hijo que tuvo con doña Marina como el que tuvo con su aristocrática segunda mujer. Cuando Cortés repartió tierras para que floreciera su cultivo (y pedía a Carlos V semillas de todas las hortalizas de

España) no se limitó a conceder haciendas (con indios para cultivarlas) a los conquistadores; sino que las dió por igual a indios capaces. Lo que hoy se llama “racismo”, era totalmente ajeno a los españoles, que en realidad fundaban la conquista sobre el hecho mismo de ser todos los humanos hijos de Adán y Eva.

Pero esta noción del parentesco inicial de todos los hombres era en los más entonces mera actitud del ánimo, si bien los salvó de caer en el racismo de otros europeos; mientras que en Cortés era un verdadero impulso del corazón que le llevó toda su vida a no recurrir a la fuerza hasta haber agotado las posibilidades de una negociación. De los varios episodios trágicos de tan trágica vida, ninguno quizá más elocuente que el contraste entre sus dos conquistas de Tenochtitlán. La primera obedeció a su estilo personal. Hubo —¿quién lo duda?— circunstancias especiales que obraron en su favor; pero fue caso claro del fortuna juvat audaces; y sea de ello lo que fuere, el caso es único en la historia de una fuerza extranjera —¡y qué extranjera!— que toma una ciudad contra la voluntad del monarca y del pueblo y sin causar ni un arañazo. Esta entrada fue la obra maestra de Cortés.

¡Pero la segunda! ¡Qué dolor que nadie expresó como él! ¡Qué destrucción inútil de cosas y de gentes! ¿Y por qué? Porque la segunda conquista la hace no, como la primera, un Cortés libre, aplicando su cerebro y su corazón a circunstancias arduas y espinosas, pero objetivas que termina por dominar; sino un Cortés obligado a hacer frente a situaciones creadas por el fogoso y atolondrado Alvarado, por el envidioso Velázquez, por el inepto Narváez. Destino triste el de los españoles de primera, tener que luchar no sólo contra el adversario sino contra los españoles de segunda y de tercera de que se tienen que rodear.

Pues bien, este español de primera fué el primer mejicano de la historia. Cortés crea no sólo la Capital, no sólo otras ciudades —y cuantas veces lo dice: “para ennoblecer la tierra” —sino también el cultivo del campo, la minería, el estudio de las costas, la marina, la red de comunicaciones, el derecho, las normas de la vida política. Todo lo ve y a todo acude, y todo lo tiene en cuenta. Cuando se trata de escoger el lugar para la capital de la nueva nación que iba a nacer de la unión de ambos pueblos, pide opinión a derecha e izquierda y al fin se decide por Tenochtitlán, pues le dice a Carlos V, “era cosa tan nombrada y de que tanto caso y memoria siempre se ha fecho”; y le anunciaba que “la dicha ciudad de Temixtitán se va reparando; está muy hermosa; y crea V. M. que cada día se irá ennobleciendo en tal manera, que como antes fué principal y señora de todas estas provincias que lo será también de aquí adelante”.

Pero, al lanzarse a su asombrosa aventura, a una empresa que, por ley natural de su propio ser, quería lograr más por la razón que por la fuerza, este hombre singular no sospechó la presencia del misterio. Hecho a verlo todo, no vió el misterio; y el misterio era lo principal. El misterio consistía en la existencia de una forma de vida humana para él desconocida. El pensar, el sentir, el obrar de aquellas gentes que salían a su encuentro o lo rehuían, no era el suyo y de sus compañeros; pero ni él ni ellos podían imaginarlo, partiendo como partían de la unidad humana, ya que todos éramos progenie de Adán y Eva; y para colmo de misterio, tampoco era este pensar-sentir-obrar de los indios completamente extraño y nuevo. Había cosas parejas; otras que no lo eran. Y todo esto, nadie tenía él a su alcance que se lo descubriera y explicara. Había que irlo descubriendo, día a día, palabra a palabra, desastre a desastre.



Moctezuma rodeado de su corte recibe en el palacio a doña Marina y a Cortés.



Encuentro de Azayácatl a Hernán Cortés y sus capitanes, con intérpretes.

Dice no sé donde Anatole France que a fuerza de sentidos falsos (*faux sens*), sentidos disparatados (*nonsens*) y contrasentidos (*contresens*), los teólogos habían logrado dar un sentido a la Biblia. La larga caminata de Veracruz a Méjico por Cempoala, Tlaxcala y Cholula a través de malas inteligencias sin cuento recuerda esta humorada del gran escritor francés. Poco o poco, después de tantos encuentros, algunos de ellos en los que la inteligencia de Cortés salía vencida de modo que sólo le quedaba el arma de su formidable voluntad, Cortés vivió al fin aquel sueño que en la realidad era aun más esplendoroso: el encuentro con Montezuma a las puertas de una ciudad que a su vez era un ensueño. Los españoles venían como presa de un encantamiento. Aquella laguna, aquellos puentes, aquella multitud cobriza, ni cristianos ni moros, aquella belleza y majestad de los edificios, el color de todo bajo el cielo azul, y luego, la vastedad del poder en torno a aquellos cuatrocientos hombres los tenía a todos suspensos como si anduviesen sobre nubes, irisadas por el alba. Lo irreal en lo real.

Pero más irreal en lo real era todavía el mundo invisible que asomaba a los ojos de Montezuma; porque aquellos dos hombres que se iban acercando el uno del otro, recién apeados Cortés de su caballo, Montezuma de su litera de oro, iban, sí, aproximando sus cuerpos, pero dentro de sus cuerpos cada uno llevaba un mundo que era para el otro un misterio cerrado.

No creo exagerar ni errar al decir que en aquella tragedia el héroe de más talla después de Cortés fue Montezuma. No de otro modo cabe explicar que los soldados españoles sintiesen por él tan hondo respeto, tanta admiración y después tanto sentimiento cuando cayó víctima de la guerra que tanto había hecho para evitar. Hay que tener en cuenta las influencias de las órdenes y aun del ejemplo de Cortés, que siempre exigió y observó la mayor deferen-

cia para con Montezuma; así como el agradecimiento ingenuo de los soldados ante la “generosidad de un señor” siempre dispuesto a darles oro. Claro que la “generosidad” y el “señor” eran transposiciones de lo azteca a lo español que ellos se hacían cada cual a su modo. Porque mediaba el misterio. ¿Cómo meterle en la cabeza a un español o europeo cualquiera de aquellos tiempos, que el oro no tenía valor mercantil entre los indios? La moneda se componía sobre todo de almendras de cacao. El oro era un mero metal de adorno.

Pero aun descontadas estas malas interpretaciones, queda amplio testimonio de que Montezuma poseía una personalidad fuerte, que impresionó con su señorío, su elegancia de cuerpo y de conducta, su vivacidad, su cortesía y buenos modales, y su entereza, a un grupo de hombres como los compañeros de Cortés, tan hechos por la experiencia a catar y calar la calidad humana. Y esta es quizá una de las circunstancias que revisten de tanta dignidad las escenas de la conquista de Méjico: dignidad real, prístina y genuina de la que ni uno ni otro de los protagonistas se daba cuenta en sí aunque sí en el otro, porque unos y otros no hacían sino vivir a su modo natural.

El núcleo focal, el centro vivo de esta dignidad era en ambos lados el valor físico y moral. En Cortés queda consagrado por todos los testigos a comenzar por Bernal Díaz; en Montezuma, no sólo lo confirman nuestros cronistas sino que sabemos por Sahagún que el sistema de instrucción y educación del Anáhuac era tal que hacía indispensable el acceso al poder de hombre alguno que no fuera capaz de sostener la mirada hueca de la muerte. Los sucesos tal y como se fueron trenzando en el tiempo también tienden a probar que Montezuma era hombre de gran inteligencia. En suma, Cortés halló en Montezuma un interlocutor digno de él.

Digno de él quizá aun allende lo normal. Porque hemos visto en Cortés un hombre ante todo de razón, pero capaz de imaginación creadora y aun dado a evadirse de lo razonable por un ramo de locura religiosa; y, aunque no quepa simetría exacta, pues los dos “misterios” eran no sólo distintos sino remotos, siempre queda que en Montezuma florecía no menos que en Cortés el ramo de locura religiosa, y que quizá haya que ver en ciertos virajes de su conducta una como querencia a entenderse con lo español, a entrar, pues, en los designios a la vez audaces y sagaces de Hernán Cortés.

Todo esto que hoy puede ayudar a los que cuatro siglos y medio después, intentamos reconstruir no sólo los hechos sino los pensamientos que se cruzaron en aquella epopeya, venía entonces a hacer más densa la cerrazón entre los dos misterios, lo que a su vez imponía a uno y a otro vueltas y contravuelatas de acción que a su vez cerraban aun más la cerrazón entre ambos. Además, no hay que imaginarse que los motivos de acción, las opiniones, las creencias, sean como las piezas de recambio de una máquina que, una vez acrisoladas, guardan su forma intacta; sino verlas más bien como formas vivas, ondas de espíritu, aptas a toda suerte de cambios y mezclas. Así por ejemplo, ¿qué pensaba Montezuma sobre la identidad de Cortés con Quetzalcóatl? ¿Lo sabía él mismo? Era, no era, quizá lo fuese, pronto lo veremos, si lo es vencerá, si no venceré yo, vamos a ver. La conducta de Montezuma sólo se explica sobre la base de que su fe en Cortés-Quetzalcóatl era a modo de canoa en la laguna, en constante columpio de olas y contraolas chocando de cuando en vez con el palo duro de las cosas que iban ocurriendo.

A su vez, Cortés apenas si era capaz de vislumbrar todas estas fluctuaciones de la fe de Montezuma. Hay una escena en la que Montezuma recuerda a don Quijote. ¿Cómo evitarlo entre tantos españo-

les? Le reprochan los suyos que se avenga a seguir en su propia casa prisionero de Hernán Cortés; y él explica que no es él quien lo ha decidido, sino Uitchilopochtli, y la prueba es que está así prisionero y no se alza en rebeldía porque si él está como está es cosa de Uichilobos. Poco falta para que, como don Quijote en la jaula sobre la carreta de bueyes que lo lleva a su pueblo, no preguntara Montezuma “¿pues qué? ¿creéis que estaría yo aquí si no me lo mandara Uitchilopochtli?”.

Y esta cerrazón del misterio de Cortés ante el misterio de Montezuma explica el cambio más grave de los que tuvieron lugar en el ánimo del Uei Tlatoani. Porque nuestras convicciones no son (como tantas veces las imaginamos ser) a modo de pilares pétreos que sostienen nuestros actos; sino más bien como miembros vivos donde circula la sangre de nuestra alma, tan pronto de la fe al acto como del acto a la fe; y en aquellos días tan graves Montezuma necesitaba más fe que nunca para que Uichilobos lo sostuviera en su decisión de seguir cautivo a fin de poder seguir cautivo Dios (o Uichilobos) sabe por qué. Y en efecto, ¿por qué se dejó ir cautivo? Miedo físico no pudo ser. No cabía en Montezuma. Los razonamientos de Cortés, por buenos que fueran para él, no valían nada para Montezuma. Parece natural pensar que el Uei Tlatoani, sagaz tanto como templado, vislumbró la posibilidad del acuerdo, la solución de Cortés, en último término, el Méjico de ambos pueblos —la vislumbró quizá de un modo tan sólo elemental y rudimentario, pero la vislumbró. De ahí, sin duda, la oferta a Cortés de una hija suya.

Para darle fuerza, savia de vida, Montezuma se convenció a sí mismo de que la idea venía de Uichilobos. Y por eso se creó en él esa circulación vital de entre Uichilobos a un extremo y Quetzalcóatl al otro. A veces, ya en sus primeras conversaciones, Cortés y Montezuma se reían y el Uei Tlatoani de-

cía: “ya veo que no sois teules”. Pero luego, ya solo, obligado a reconstruir el edificio de su fe, volvía a creer, o por lo menos a dudar. Otro tanto, en su propia clave distinta, ocurría con los españoles. Negaban a los dioses aztecas, pero más bien renegaban que negaban; pues los más de ellos las más de las veces, creían, en realidad creían, en la existencia de Uichilobos y compañía, lo que, como cristianos les era posible gracias al Demonio, cuya omnipotencia para el Mal sólo cedía a la omnipotencia para el Bien del Supremo Hacedor.

Por este puente, llegaron los dos misterios a comunicarse, y vino a consolidarse el ensueño de Cortés: hacer una nación de ambos pueblos, es decir, dar a luz al Méjico actual. No deja pues de tener su almindra de verdad el remoquete que los aztecas duros dirigían a Montezuma: “mujer de los españoles”. Ellos lo disparaban con desprecio y odio; pero la historia puede lavarlo de tanta inmundicia, porque en el espíritu, si Cortés fue padre del Méjico de hoy, lo que Montezuma vino a encarnar fue su madre: Cortés trajo el espíritu, Montezuma la carne y la tierra.

Cuauhtemoc es el tercer personaje de la tragedia. El jefe de los duros. El símbolo del enemigo irreconciliable. Digno compañero de tragedia de los otros dos, ídolo de los suyos, admirado por los españoles precisamente por su intransigencia y quizá aun más por su disposición para seguir luchando aun después de perdida toda la fe en la victoria; que este es un estado de ánimo que sólo conocen en Europa los españoles, los irlandeses y los polacos. Cuauhtemoc, no obstante, fue capaz de transigencia y de acuerdo, y así lo propuso a su Consejo, cuando le pareció que ya era inútil continuar luchando; pero, rechazaba su proposición, se aferró a la desesperación como otro lo hubiera hecho a una esperanza, y en esto también se daba en él cierto ramo de locura de aire muy español. Queda pues Cuauhtemoc en la his-

toría como el símbolo de la nobleza, la dignidad, la entereza y el valor del Anáhuac.

Pero ¿qué tiene que ver Cuautemoc con el Méjico de hoy? Nada absolutamente. El Méjico de hoy es hijo de Cortés y de Montezuma y vive y representa todo lo contrario de lo que vivió y representó Cuautémoc. El Méjico de hoy es cristiano en vías de descristianización como toda la cristiandad ambiente; pero una descristianización que será lenta y quizá menos profunda de lo que parece; es europeo vía España; y vive un ambiente semejante al de todo el mundo hispano incluso España. A donde va el alma de Méjico, en compañía de las demás almas occidentales, no lo sabemos. Pero sí sabemos que no va ni a Uitchilopochtli ni a los sacrificios humanos; no, pues, a Cuautemoc. Si Montezuma vislumbró el Méjico actual por muy rudimentaria que fuera su vislumbre, Cuautemoc no llegó a concebir más que un retorno al Anáhuac y un festín más o menos “ritual” de carne española. Hay que tener la franqueza y la honradez de escribir lo que todo el mundo sabe y calla. Haber hecho de Cuautemoc el héroe y símbolo del Méjico de hoy es un disparate.

Disparate quiere decir algo que no se conforma a la realidad. Que un país hispano-indio, de tradición, lengua y cultura hispánicas, (si bien injertas en raíces indias) se empeñe en adoptar como símbolo nacional al héroe que negó lo español hasta la muerte significa inyectar en la conciencia nacional mejicana un obstáculo grave a la vida y salud de su propia naturaleza; una profunda y gravísima mentira; algo como si un hombre por lo demás sano, llevara un hueso fósil en el estómago. De aquí la índole ficticia de casi toda la vida de la nación mejicana, país donde nada parece lo que es y donde nada es lo que parece. La mentira de Cuautemoc fluye por todo el organismo nacional y lo desvía de su ser natural. La

consecuencia es grave. Méjico y los mejicanos carecen de espontaneidad.

Importa pues preguntarse por qué, cómo ha sido posible tamaña aberración. Quiso la suerte que, llegado aquí en mis pesquisas, me viniera a las manos un librito, chico por el tamaño, grande por la sustancia y los errores. Se llama POSDATA y lo firma Octavio Paz. La mera perfección de su estilo, un lenguaje castellano noble a fuer de sencillo, claro, sereno y denso aunque ágil, bastaría para justificar a Hernán Cortés. En este librito, Octavio Paz se propone investigar precisamente el por qué y el cómo de la mentira institucionalizada que es para él el Méjico actual. No voy a hacer una reseña de esta obra, debida a uno de los ingenios más preclaros de la cultura hispánica; ni a aludir a tal o cual punto de vista sobre el cual discrepo del autor. Voy sólo a referirme a lo que concierne a mi propia meditación tal y como la voy pergeñando.

Penetrante y honrado, Octavio Paz va derecho “al bulto” y centra el problema en seguida; y de modo tan claro y certero que el lector se dice: He aquí la luz, al fin. Pero a medida que avanza en la lectura, sorprende al lector la tendencia de este investigador del Méjico de hoy a ocuparse mucho del Anáhuac precortesiano, poco de la Conquista y casi nada de lo que pasó después. La conclusión se impone: Octavio Paz también cuautemoquiza, aunque a veces parece reprochar a otros el hacerlo. Se da en él cierta inhibición que le impide apoyarse en fuentes españolas y aun estudiarlas. Y así llega —el, escritor de primera categoría en castellano— a cometer esa tremenda cursilería de llamar a Hispanoamérica, América Latina.

En otro menos autorizado, el error queda y pasa. Pero el error en los elegidos es fatal: y en efecto, el

ensayo, que comenzó tan claro, transparente, luminoso, pronto se oscurece y embrolla hasta terminar por despeñarse por un precipicio de incoherencias. “Hay un hecho que posee una significación particular y en el cual, que yo sepa, nadie ha reparado: la capital ha dado un nombre al país. Es algo extraño. (. . .) La extrañeza del caso mexicano aumenta si se recuerda que para los pueblos que componían el mundo prehispánico el nombre de México-Tenochtitlán evocaba la idea de la dominación azteca. Mejor dicho: la realidad terrible de esa dominación. Haber llamado al país entero con el nombre de la ciudad de sus opresores es una de las claves de la historia de México, la historia no escrita y nunca dicha. La fascinación que han ejercido los aztecas ha sido tal que ni siquiera sus vencedores, los españoles, escaparon de ella: cuando Cortés decidió que la capital del nuevo reino se edificaría sobre las ruinas de México-Tenochtitlán, se convirtió en el heredero y sucesor de los aztecas”.

Todo fantasmagoría (con el mayor respeto sea dicho). Dar al reino el nombre de la capital ha sido en todo tiempo costumbre inveterada de España, asentada en otra costumbre: la de dar al municipio de la capital carácter representativo de toda la provincia o reino. Así hubo en España los reinos de León, Toledo, Valencia, Sevilla, Jaén, Murcia y tantos otros, y en América, el de Quito. Cortés siguió la costumbre española por carecer el país de nombre colectivo, como no fuera Nueva España; pero de ningún modo por fascinación de lo azteca. Y el que lo hiciera sin preocuparse de los recuerdos de la dominación azteca no prueba que esta fascinación hubiera bastado para superar el horror de los pueblos indios de Méjico al recuerdo de la dominación azteca, sino todo lo contrario: que bajo el régimen español fue cayendo en el olvido tal pesadilla; porque los tres siglos de régimen español fueron los más prósperos y felices y (por extraño que parezca) los más “sociales”, que ha conocido Méjico.

Así desviado de la realidad, Octavio Paz establece en una página notable de su opúsculo una continuidad entre el mundo de Cuautemoc y el de Calles, Alamán y tutti quanti: “Del mismo modo que la Roma cristiana prolongaba rectificándola, a la Roma pagana, la nueva ciudad de México era la continuación la rectificación y, finalmente, la afirmación de la metrópoli azteca. La Independencia no alteró radicalmente esta concepción: se consideró que la Colonia española había sido una interrupción de la historia de México y que, al liberarse de la dominación europea, la nación restablecía sus libertades y reanudaba su tradición. Esta ficción histórico-jurídica consagraba la legitimidad de la dominación azteca”. Ergo, Cuautemoc. ¿Quién escribe estas palabras? Ningún Pitalpitoque, tratando de expresar como puede, en un lenguaje extraño para su espíritu, sus lucubraciones de indio cristianizado a prisa por algún fraile distraído; sino un hombre que se llama Octavio Paz, y que escribe un castellano espléndido que debe claro está a su don natural, pero también a Hernán Cortés. ¿Y qué escribe? Que la Colonia —¿qué colonia?— española, o sea él mismo que la lleva dentro —se consideró como una mera interrupción de la historia de Méjico, como si esa “interrupción” no hubiera transfigurado a Méjico en su vera esencia, vertiendo en sus venas toneladas de sangre española y siglos de cultura europea, y que “al liberarse de la dominación europea la nación” —¿qué nación?— “restablecía sus libertades” —¿qué libertades?— Antes de Cortés, en lo que hoy gracias a Cortés, llamamos Méjico, no había ni nación ni libertades. Y ¿quién va a creer que Iturbide, Hidalgo, Morelos y Juárez, dieron en su vida la milésima parte de su pensamiento a la culpa que los aztecas sentían (¿la sentían?) por la crueldad de su dominio sobre las demás tribus? ¿o que se echaron al campo para cerrar la interrupción europea y volver a Cuautemoc? Ni vale salvarse diciendo que todo esto era una ficción histórica-jurídica porque Octavio Paz, de hecho, luego la hace suya.

Con todo el respeto, toda la admiración que me inspira Octavio Paz, declaro que esta página es otra fantasmagoría. En los tres siglos de régimen español, no de Colonia como él dice, sino de Reino de Nueva España, Méjico, todo él, el de los de arriba y el de los de abajo, vive una vida que en nada tiene que ver con la pirámide y los sacrificios humanos, una vida regida, inspirada, normalizada, por reglas y formas europeas; en otras palabras, no vive a lo Cuautemoc sino a lo Cortés, que es como vive hoy.

Porque el Méjico de hoy ha vivido a Cortés y desde entonces es otro, irreversible al de antes; y la “interrupción” no es tal, sino transfiguración. Y entre los días que lo han transfigurado cuenta como el que más aquel en que Cortés, al saber que los doce apóstoles que habían venido de Castilla a petición suya para enseñar cristianismo a los indios se acercaban a la capital después de haber subido a pie desde Veracruz pidiendo limosna de aquellos indios que sólo conocían a los españoles conquistadores, Cortés, digo, sale a su encuentro con un brillante escuadrón de capitanes, cascos de oro, espadas de acero, espuelas y estribos de plata, caparazones de damasco, tapiz de ensueño de aquella caballería de teules, y ante miles de indios que lo veían con ojos incrédulos, aquel dios conquistador se apea de su caballo y besa el borde del hábito del prior. Aquel día Cortés afirmó ante el Nuevo Mundo entero la supremacía de lo espiritual sobre lo temporal. Y esta es escena que sólo un español, y grande como él, pudo imaginar y vivir. Esta fue la verdadera fundación de Méjico.

Este es el Méjico que creó Cortés. Y Los mejicanos que hoy luchan, como lo hace Octavio Paz, porque domine más claramente el poder del espíritu en el Méjico de hoy, luchan porque lleve en las venas no la sangre de Cuautemoc, sino la de Cortés; porque Cortés les dice que el poder del espíritu debe pasar

antes que el poder de la materia, e inspirarlo; y son pues hijos de Cortés, aun los que no lo saben, aun los que no lo quieren.

Lo ocurrido para que Cuautemoc volviera no a regir sino a resurgir en la imaginación y en los sentimientos de la mayoría de los mejicanos de hoy que saben leer es mucho más sencillo y mucho más triste que lo que Octavio Paz propugna. Lo ocurrido es algo que en nada singulariza a México entre las naciones desgajadas del Imperio español. Al ir a la Independencia, hubo que marcar a hierro como enemigo todo lo español; hubo que denigrar a España. Con ayuda de los países entonces en plena expansión —Inglaterra, Estados Unidos, Francia, Holanda— fue cosa fácil. Como estos países iban a lo suyo, que era hacer a los reinos españoles de Ultramar independientes de España para someterlos a dependencia económica de ellos, aquellos reinos perdieron de vista las onzas de oro mejicanas y peruanas, las sedas y los cueros, que, como atestigua el inglés Gage, hasta los artesanos vestían y calzaban; y conocieron la calderilla, el algodón, la alpargata y la ruana. Tanto más necesario fué conservar vivo el anti-hispanismo entre ellos. Esto se intentó y consiguió ensalzando a Cuautemoc y rebajando a Cortés; sobre todo por medio de la escuela y de sus libros de texto. Donde se tuerce la realidad de verdad del mejicano no es porque tire de él un misterioso hilo de continuidad con el Uei Tlatoani (hilo que los frailes se encargaron de romper), sino por una enseñanza orientada de modo deliberado a la falsificación de la Conquista y del Virreinato —tan lograda, que sitúa al mejicano en posición violenta contra un tercio, la mitad o dos tercios de su propia sangre.

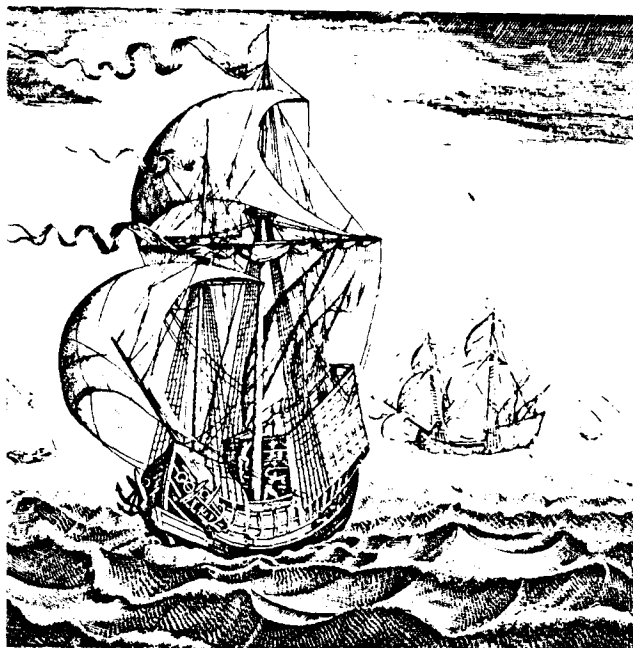
Grave situación de que se sonríe el gringo. Cuando un eminente crítico de arte inglés dio cuenta en un gran diario londinense de su visita al Nuevo Museo

de Antropología de Chapultepec, no dejó de subrayar los ojos azules y el pelo de oro de la señorita guía que le decía con dolor: “Ya ve usted lo que hicieron con nuestra cultura” y lo decía junto a unas piedras de sacrificio con su agujero para la sangre. Pero aquí se salva —casi— por su honradez intelectual el escritor de quien con dolor discrepo en otros casos pero coincido en este: “Los verdaderos herederos de los asesinos del mundo prehispánico no son los españoles peninsulares sino nosotros, los mexicanos que hablamos castellano, seamos criollos, mestizos o indios”. Dije que coincidía, pero ahora añado: no en todo. Coincido, y ya hace cerca de cuarenta años que vengo insistiendo en ello, en que los méritos y culpas de la conquista y civilización europea de Hispanoamérica corresponden mucho más a los hispanoamericanos que a los españoles, aunque discrepe en cuanto a llamar “asesinos del mundo prehispánico” a quienes, como la Conquista lo demuestra, fueron nobles y dieron tanta sangre como tomaron y con menos crueldad, dicho sea en defensa de los antepasados de Octavio Paz. Difiero aun más en las consecuencias psicoanalíticas que Octavio Paz saca de su declaración y que vienen a constituir una tercera fantasmagoría, esta vez freudiana. Pero aplaudo el valor cívico de quien así sabe y osa expresar una verdad histórica.

Verdad. Verdad. Esa es la clave, y no otra, de la historia de Méjico y de toda la historia. Verdad es Méjico y no México; verdad es Guajaca y no Oaxaca. Verdad es Cortés y Montezuma pero no Cuauhtemoc. Verdad es Hispanoamérica y no América Latina. Y el que, (como Octavio Paz lo hace con tanta honradez y gallardía) aspira a que Méjico llegue un día a expresar su verdad más honda tendrá que comenzar por la verdad de la sangre. En la carne, español es Méjico por lo menos tanto como indio; mucho más que indio en el espíritu. Hora es de que deje de llamarse latino-americano y de que deje de

apartar la vista de Cortés; que mal se podrá encontrar a sí mismo quien evita mirar a su padre.

Publicado en *NORTE* No. 242.



ATEOS CRISTIANOS

Fredo Arias de la Canal

En la revista SCIENCE DIGEST (Enero—Febrero 1981), se publicó un artículo denominado LA ODISEA RACIAL cuyo autor Boyce Rensberger nos dice:

La evolución es un proceso de dos pasos. El primero consiste en una MUTACION: en el que de alguna manera un gene en un ovario o testículo de una persona sufre un cambio alterando la configuración que guarda las instrucciones para formar un nuevo individuo. Los niños que heredan dicho gene serán de alguna forma diferentes a sus ancestros.

Tal fue el caso de Sidarta Gautama.

En su artículo LO QUE LA INDIA NOS PUEDE ENSEÑAR (1939), recopilado en su libro CIVILIZACION EN TRANSICION, Carl Jung (1875-1962) observó:

Buda (563 - 483) pionero espiritual para todo el mundo dijo y enseñó que el hombre ilustrado es el maestro y redentor de sus dioses (no su negador estúpido, tal y como lo interpreta la “sabiuría” occidental). Dicha declaración se adelantó a su tiempo, puesto que la mente hindú no estaba preparada para integrar a los dioses al grado de hacerlos psicológicamente dependientes de la condición mental del hombre. Cómo pudo Buda lograr esa penetración —sin haberse perdido en una inflación mental completa— raya en lo milagroso. (Pero todo genio es un milagro).

Buda perturbó el proceso histórico interfiriendo con la lenta transformación de los dioses en ideas. El verdadero genio casi siempre irrumpe y perturba. Habla a un mundo temporal desde un mun-

do eterno. Dice, pues, lo inadecuado en el momento propicio. Las verdades eternas nunca son verdaderas en cualquier momento dado de la historia. El proceso de transformación tiene que hacer un alto para digerir y asimilar las ideas imprácticas que EL GENIO HA EXTRAIDO DE LA MEMORIA DE LA ETERNIDAD. Sin embargo el genio es el terapeuta de su tiempo, puesto que todo lo que revela de la verdad eterna es curativo.

Sócrates (469 - 399) al igual que Buda fue otra mutación de la mente humana quien tuvo la facultad extraordinaria no sólo de observar sino de analizar la mecánica del superyó. En FEDRO reveló:

Ese signo que siempre me prohíbe mas nunca me ordena nada de lo que debo hacer.

Nietzsche (1844-1900), en GENESIS DE LA TRAGEDIA (1872), aquilató la importancia de las apariciones auditivas de Sócrates, las que le reprochaban el aceptar las compulsiones artísticas y las inspiraciones dionisiacas como ejemplos conduccionales a seguir en busca de la verdad:

¿Quién fue aquel que él solo se atrevió a negar el genio griego de Homero, Píndaro, Esquilo, Fidiás, Pericles, Pitia y Dionisio, que como el abismo más profundo y la altura más extrema asegura nuestra admiración estupefacta? ¿Qué poder demoníaco es este que osó verter aquel elixir al polvo? ¿Qué semidiós es este a quien el coro de los espíritus más nobles de la humanidad deben proclamar?:

¡Ay!
Has destruido
el mundo de lo bello
con puño de bronce.
Se cae, está esparcido.

Se nos ofrece una llave sobre el carácter de Sócrates debido al bello fenómeno conocido como “el daimonion de Sócrates”. Durante circunstancias excepcionales, cuando su gran intelecto dudaba, encontraba un apoyo seguro en la aserción de la voz divina que hablaba en tales momentos. Esta voz, cuando venía, siempre disuadía. Dentro de esta absoluta naturaleza anormal, el conocimiento instintivo aparece sólo con el propósito de esconder el conocimiento consciente ocasionalmente. Mientras que en los artistas es el instinto una fuerza creadora-afirmativa y el estado consciente actúa crítica y disuasivamente, en el caso de Sócrates **ES EL INSTINTO EL CRITICO Y LA CONCIENCIA LA QUE SE CONVIERTE EN CREADORA**. ¡En verdad una monstruosidad *per defectum*! Específicamente, observamos aquí un defecto monstruoso de cualquier disposición mística, de tal manera que Sócrates puede ser llamado el típico anti-místico, en quien, a través de una hipertrofia, su naturaleza lógica se desarrolló tan excesivamente como el conocimiento instintivo en el místico.

Buda murió en 483 A. C. y Sócrates nació en 469, o sea 14 años después. Una verdadera coincidencia que estas dos mutaciones de la mente hayan acontecido dentro del lapso de un siglo (563 - 469).

¿Por qué llamar mutantes a estos dos genios? Dejemos que Carl Jung explique cuán joven y frágil es la estructura lógica o científica de la humanidad a partir de hace 2, 500 años, o sea, de la mutación Buda—Sócrates, en su artículo **EL PAPEL DEL IN-**

CONSCIENTE (1918) de su libro CIVILIZACION EN TRANSICION:

Las peculiaridades de la psicología primitiva, a las cuales sólo me puedo referir brevemente aquí, tienen gran importancia para comprender el inconsciente colectivo. Una breve reflexión lo confirmará. Como seres civilizados, en Europa Occidental tenemos una historia que se remonta, quizá, 2, 500 años. Antes de ello, hubo un período prehistórico de duración considerablemente más extensa, durante el cual el hombre alcanzó el nivel cultural de, por decir algo, los indios Sioux. Después pasaron los cientos de miles de años de la cultura neolítica y, antes de ellos, un lapso inimaginablemente vasto durante el cual el hombre evolucionó a partir del animal. Hace sólo cincuenta generaciones muchos de nosotros, en Europa, no éramos sino primitivos. La capa de cultura, esta agradable pátina, por ende debe ser extraordinariamente delgada en comparación con las capas fuertemente desarrolladas de la psique primitiva. Pero son estas capas las que forman el inconsciente colectivo, sumadas a los vestigios de la animalidad que se pierden en el nebuloso abismo del tiempo.

EL CRISTIANISMO DIVIDIO AL BARBARO GERMANICO EN UNA MITAD SUPERIOR Y OTRA INFERIOR y le permitió, durante la represión del lado oscuro, domesticar el lado brillante y adaptarlo a la civilización. Pero la mitad inferior y oscura sigue esperando la redención y un segundo ataque de domesticación. Hasta entonces, permanecerá vinculada a los vestigios de la época prehistórica, con el inconsciente colectivo que está sujeto a una activación peculiar, siempre creciente. **A MEDIDA QUE LA VISION CRIS-**

TIANA DEL MUNDO PIERDE SU AUTORIDAD, TANTO MAS AMENAZADORAMENTE SE ESCUCHARA A LA "BESTIA RUBIA" MERODEANDO EN SU PRISION BAJO TIERRA, DISPUESTA A EXPLOTAR EN CUALQUIER MOMENTO CON CONSECUENCIAS DEVASTADORAS. Cuando esto ocurre en el individuo produce una revolución psicológica, pero también puede asumir una forma social.

Nietzsche (1844-1900), fue uno de los responsables de la descristianización de las aristocracias intelectuales alemanas.

En su libro LA VOLUNTAD DE PODER (1888), expresó:

Una religión nihilista <como la cristiana> creció y se asentó en gente vieja y domesticada, que había perdido sus instintos fuertes, y fue transferida gradualmente a otra generación de gente joven e inexperta. ¡Muy curioso! La felicidad del cierre, del repliegue, ¡el sermón de la tarde dirigido a los bárbaros y alemanes! Aquellos que soñaban un "Valhalla": ¡que sólo eran felices en la guerra! Predicar una religión supranacional en un caos en donde ni siquiera existían naciones.

(. . .)

Considero al cristianismo con la mentira más fatal y seductiva que ha existido, como la gran mentira profana: deduzco su crecimiento y generación de su ideal derivados de toda forma de disfraz y rechazo cualquier posición de compromiso respecto a él: Impongo una guerra contra el cristianismo.

¿Que partido tomar?

Por un lado la mutación humana Buda—Sócrates nos ofrece 2, 500 años de avances en los planos de la lógica y por lo tanto de la ciencia que nos ha lan-

zado a la época de la fisión y fusión nuclear, de los antibióticos y las píldoras anticonceptivas.

Por otro lado, el antimisticismo propio de la ciencia nos divorcia cada vez más de la religión cristiana, que nos enseña la aceptación de la pasividad, la caridad y la piedad, y por lo tanto controla y educa a la bestia arcaica que llevamos dentro, a lo que Jung llamó "bestia rubia".

En su artículo WOTAN (1936) observó el sabio suizo cómo, ante un estado de desmoralización social los líderes del pueblo alemán iniciaron un movimiento anticristiano y antijudío, regresando a la barbarie del dios Odín:

Pero lo que es más curioso, en verdad —y punzante hasta cierto grado— es que el dios antiguo de la tormenta y la locura, el viejo y quieto Odín, iba a despertar como un volcán extinguido, con nueva actividad, en un país civilizado que se suponía hacía mucho tiempo había superado la Edad Media.

Lo hemos visto regresar a la vida en el Movimiento de la Juventud Alemana, y justo en el comienzo la sangre de varios corderos se derramó en honor de su resurrección. Armados con mochila y laúd, jóvenes rubios, y a veces muchachas también, se les veía como vagabundos incansables por todos los caminos desde el Cabo del Norte hasta Sicilia, fieles devotos del dios errante. Más tarde, hacia el final de la República de Weimar, el papel errante fue asumido por MILES DE DESEMPLÉADOS, a quienes se encontraba por doquier en sus viajes sin objeto. Para 1933 ya no viajaban más, pero marchaban por cientos de miles. El movimiento hitleriano literalmente levantó a Alemania entera, desde los niños de 5 años

hasta los veteranos, y produjo el espectáculo de una nación que emigraba de un lugar a otro. Odín el vagabundo estaba en movimiento.

(...)

Lo impresionante del fenómeno alemán es que un hombre que está obviamente “poseído”, ha infectado toda la nación a tal grado que todo se ha puesto en acción y ha empezado a CAMINAR EN EL CURSO HACIA LA PERDICION.

En su artículo **DESPUES DE LA CATASTROFE** (1945), Jung concluyó el diagnóstico psicológico del pueblo alemán y su líder:

Todos estos signos patológicos: falta total de visión interior del propio carácter, admiración autoerótica y autoextenuación, denigración y atemorización de los compañeros (¡Con qué desdén hablaba Hitler de su propio pueblo!), proyección de su sombra (defectos), mentira, falsificación de la realidad, determinación de impresionar por medios limpios o sucios, engaño y traición, estaban presentes en el hombre a quien se le diagnosticó clínicamente como un histérico y a quien un extraño destino escogió para ser el portavoz político, moral y religioso de Alemania durante 12 años. ¿Fue esta una casualidad?

En **Epílogo a ENSAYOS SOBRE EVENTOS CONTEMPORANEOS** (1946), expresó Jung:

Cualquiera que se ofenda por la palabra “psicopático”, está en libertad de sugerir un sustituto suave, calmante y aliviador que refleje correctamente el estado mental que engendró al Nacional Socialismo. Lejos de querer insultar al pueblo alemán, mi objeto, como he dicho es diagnos-

ticar el sufrimiento que tiene sus raíces en su mente y que es la causa de su desgracia. Nada me va a persuadir que el nazismo le fue impuesto al pueblo alemán por los franc-masones, los judíos o los pérfidos ingleses —es demasiado infantil. He escuchado ese tipo de cosas frecuentemente en el manicomio.

Hasta aquí hemos observado cómo los instintos agresivos reprimidos por el cristianismo se desbordaron en Alemania, lo que nos demuestra, una vez más, que el inconsciente humano ejerce un poder arcaico atroz cuando puede burlar los preceptos morales del yo-ideal. La lógica y las razones caen como castillos de arena ante el primer embate del mar.

Los instintos o fuerzas inconscientes, como la envidia, en algunos pueblos como el hispánico, que no pueden ser reprimidos y menos disimulados, tienen una fuerza incontenible que han observado los psicólogos del pueblo español.

Salvador de Madariaga (1886 - 1978) en su **HERNAN CORTES**, miró lo ocurrido al Conquistador después de haber expugnado la Gran Tenochtitlan:

Ya entonces vivía Cortés como un monarca tanto en cuanto al esplendor y comodidades de su casa como en cuanto al poder y al ámbito de su voluntad indiscutida. Era la encarnación viva del éxito. Pero sucede que **EL CARACTER ESPAÑOL, QUE TANTOS RASGOS ADMIRABLES POSEE, ADOLECE DE UNA DE LAS MAS TRISTES ENFERMEDADES DEL ALMA HUMANA: NO PUEDE TOLERAR EL EXITO. . . EN EL VECINO.** El español viene a ser el antitipo del alemán en buen número de sus tendencias naturales, y en particular en ésta, pues mientras **EL ALEMAN** padece Schadenfreude, o gozo al CON-

TEMPLAR EL FRACASO DE SU VECINO, EL ESPAÑOL PADECE TRISTEZA AL CONTEMPLAR EL EXITO DE SU VECINO. Cortés había subido a la cumbre. Estaba por lo tanto condenado ante los ojos de sus compatriotas.

Si aceptamos la teoría de Madariaga, encontramos en la historia una serie de ejemplos que la confirman. Recordemos las tragedias del Cid Campeador, Alvaro de Luna, Fernando González de Córdoba, Cristóbal Colón y Agustín de Iturbide. Pero habrá quien arguya que otros hispanoamericanos adoraron a sus libertadores. Nada más falso. Arrepentidos de haberlos desterrado, hoy los adoran.

Otra vez Madariaga. En su BOLIVAR, observó:

Y aun queda otra razón. Los dos Napoleones sudamericanos, fieles a su arquetipo hasta el fin, tuvieron cada uno su Santa Elena. BUENOS AIRES NO QUISO SABER NADA DE SAN MARTIN; VENEZUELA, NADA DE BOLIVAR. Al Napoleón del Norte lo salvó la muerte del gris destino del Napoleón del Sur, aquel largo destierro en el ocio de una provincia extranjera impuesto no por la tiranía, sino, lo que es mucho más doloroso, por la indiferencia. Este desvío de sus patrias respectivas para con los dos Napoleones del Nuevo Mundo determinó su gloria póstuma. BUENOS AIRES Y CARACAS TUVIERON QUE HACER PENITENCIA DEL PECADO COMETIDO PARA CON SUS HEROES VIVOS. VENERANDOLOS MUERTOS COMO SANTOS Y MARTIRES DE SU HISTORIA.

Pero así como la naturaleza nos ofrece mutaciones físicas o mentales de vez en cuando, así también aparecen vástagos egregios en el mundo hispánico que no parecen pertenecer a la grey que los engen-

dró. Y así han nacido individuos como Jovellanos, Cajal, Ortega, Américo Castro y Arturo Uslar Pietri, verdaderos heterodoxos, apóstatas, herejes de la tribu.

Uslar Pietri pronunció un discurso el 23 de octubre de 1985 con motivo del Quinto Centenario del nacimiento de Hernán Cortés, en la Universidad de Salamanca.

Allí este venezolano egregio declaró que:

El conquistador, que es un hijo de sus obras (. . .) había sonado la hora milagrosa en la que todos podían y querían ser los hijos de sus obras.

Recordemos a don Quijote:

Cuanto más, que cada uno es hijo de sus obras. (IV, 1ero.)

Dice Pietri que durante la conquista de América “tuvo que surgir una crisis de conciencia, única en la historia del mundo”.

La crisis de conciencia se plantea de inmediato desde los primeros sermones de los frailes misioneros. ¿Era posible conquistar con las armas cristianamente? Se estaban ganando nuevas tierras pero se podía estar perdiendo el alma. Este dilema, insoluble e insoluto, NO SE HA PLANTEADO NUNCA EN TALES TERMINOS A NINGUNA POTENCIA CONQUISTADORA DE LA HISTORIA. No se planteaba evidentemente porque en las expansiones imperiales de los tiempos modernos no hubo ni motivación ni preocupación religiosas. Los colonos de Nueva Inglaterra querían vivir con toda pureza su propia fe cristiana, pero nunca pensaron como razón principal de su empresa la de evangelizar a los indígenas. La se-

paración entre lo que correspondía a César y lo que correspondía a Dios fue completa.

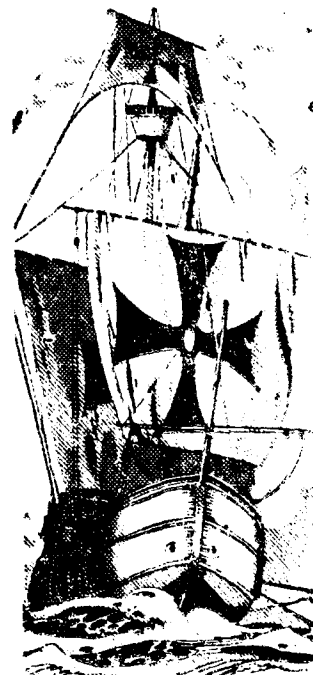
El descubrimiento, conquista y colonización de América, ha sido la epopeya más grandiosa, no de la raza blanca, como dice Madariaga, sino de la raza asiática. Es hora ya de tirar a la basura las mentiras de las sociedades geográficas. Europa no es, ni ha sido jamás un continente, al igual que Cuba jamás fue Japón —aunque insistiera Colón—. Asia es el continente que ha producido dos tipos humanos distintos, uno es el caucásico y otro el mogol que a través de los siglos se han matado y amado. No olvidemos que Atila murió en lo que hoy es Bélgica y para qué hablar de las invasiones de Gengis Khan. Pues bien, los españoles han creado una raza pan—asiática en una América étnicamente mogol, al igual que Gengis Khan creó una raza pan—asiática en los Balcanes. El mestizaje americano tiene los mismos ingredientes del mestizaje del Asia Centro—europea. El eslavo y el mejicano son étnicamente semejantes.

Son, pues, los hispanos los primeros asiáticos en circunnavegar el orbe asiático. Por esta razón son los japoneses quienes más admiran a los españoles, pues reconocen su valor, intrepidez y sentido de la honra. Al financiar los proyectos marítimos del navegante Vital Alzar, están conmemorando con nosotros el Quinto Centenario de nuestra comunicación telúrica.

Por esta razón en lugar de celebrar el Descubrimiento de América, el Frente de Afirmación Hispanista celebrará el “Nacimiento del Mundo Hispánico” dentro de una celebración mayor que debe ser la de la unificación de los pueblos asiáticos. A esta celebración la llama Uslar Pietri LA CREACION DEL NUEVO MUNDO. Nacimiento = creación y Nuevo Mundo = Mundo Hispánico. Una cultura nueva es

lo que celebramos los hispanoamericanos.

Este hombre nacido al norte del Ecuador, por lo tanto este gran americano del Norte a quien hoy 12 de octubre de 1988 otorga el Frente de Afirmación Hispanista, el Premio Vasconcelos, es al igual que Colón, un pontífice de los asiáticos orientales y los occidentales, que ya vivimos una nueva cultura pan—asiática.



PALABRAS DE OFRECIMIENTO

DEL HOMENAJE DE LOS ESCRITORES

VENEZOLANOS A ARTURO USLAR PIETRI

Marco Ramirez Murzi

Como asomándose desde el pasado. Como un fantasma de otra ciudad que estamos viendo morir con resignación. En medio de dos esquinas tradicionales de la Caracas vieja que se eternizó en la historia de América. Allí está todavía. Asediada por el bullicio y los recuerdos. Marcada aún con el No. 102 en la puerta principal. Sin saber que ella, casa modesta en los comienzos del siglo, iba a ser evocada por nosotros con respeto, esta noche porque allí, aquel 16 de mayo de 1906, nació un primer varón del matrimonio del general don Arturo Uslar Santamaría y doña Elena Pietri Paúl y quien habría de ser en Venezuela uno de los hombres más descollantes de este siglo: Arturo Uslar Pietri! Allí, cerca de la Plaza La Candelaria, comenzó a levantarse esta soledad, en un país diezmado por las guerras y las epidemias, depauperado, incomunicado, regionalizado y semi-analfabeto. Como tantos niños de la época, aprendería a leer en una escuela de señoritas. Luego ingresó a un colegio de padres franceses. Continuó en escuelas públicas de Cagua y Maracay. Estudió bachillerato en Los Teques. En su adolescencia, y tal vez sin darse cuenta entonces, comenzaría a hablar distinto. A pensar distinto. A poblarse de sueños y a descubrir que sus compañeros se quedaban distantes, detenidos en el tiempo. Después estudió Derecho en la Universidad Central de Venezuela. Se ayudó, trabajando como amanuense en el Juzgado de Primera Instancia en lo Civil. En 1928, a los veintidós años, cuando era universitario, despuntó en las letras venezolanas con un libro que venía a romper con el costumbrismo: "Barrabás y Otros Relatos". Desde ese momento, había hecho un pacto consigo mismo y con esta cruenta aventura que es la pasión de escribir. Un año después, a los veintitrés años, obtuvo el título de Doctor en Ciencias Políticas. En la carrera del Derecho había buscado una disciplina intelectual que lo condujera a su formación humanística. Logrado este objetivo, habría de comenzar, en verdad, la gran jornada. Y la co-

menzó, ciertamente: el siguiente año, viajó a París con un cargo en la entonces Legación de Venezuela. Allí permanecería cinco años. La estancia en esa ciudad fue definitiva para su formación intelectual. El aprendizaje de valerse por sí mismo; el encuentro con un espíritu de tolerancia y libertad como actitud ante la vida; las posibilidades de todo orden que se le ofrecían; y su soledad, ahora casi un enfrentamiento; le abrirían caminos insospechados. La París galante y refinada de principios de siglo, pero todavía de regreso de la primera gran conflagración contemporánea que había vivido Francia, era el centro cultural del mundo: en el que las más altas expresiones del arte y de la ciencia se disputaban el primer lugar, para proyectarse a los países de la tierra. Allí hizo nuevas amistades. Se familiarizó con los grandes escritores de la época, a quienes logró conocer en su propio idioma. Leyó y estudió sin cesar: literatura, historia, lenguas, geografía, política, economía, hacienda pública, arte, filosofía, y, en fin, todo lo divino y lo humano que estuviera a su alcance. Cinco años eran una base excelente si se aprovechaban de verdad. Y Uslar Pietri los aprovechó con disciplina y organización, en un intento de asirse a sus raíces más hondas, de habitar la soledad con recuerdos, rostros y visiones de la patria ausente. De aquellos años son dos obras fundamentales en su itinerario de escritor: "Estación de Máscaras" y "Las Lanzas Coloradas". Con esta última su nombre, definitivamente, adquiriría relieve y trascendencia. De ella se han hecho decenas de traducciones y ediciones y se han vendido millones de ejemplares por todos los países del mundo.

En 1934 regresó al país. El re-encuentro con Venezuela fue una mezcla de angustia y alegría. De alegría, porque era volver a las gentes y a las cosas amadas. A su ciudad. A sus calles. A las reuniones de sus amigos. A las veladas familiares. A las fiestas de los jóvenes en las que él sobresalía por su in-

teligencia, su agilidad mental, su don de gentes, su refinada sensibilidad y su prestancia. De angustia, porque había un gobierno en el ocaso de su propio caudillo y una Venezuela que emergía en una transformación económica y social que se estaba operando y que la mayoría no alcanzaba a evaluar cabalmente. Había aparecido el petróleo. La alternativa era el aprovechamiento de esa coyuntura para lograr el desarrollo integral del país o que éste se convirtiera en una comunidad de pensionados, con economía cada vez más dependiente y artificial.

Fallecido Gómez y pasado el furor de la libertad, se inició un importante ensayo democrático. En 1936, Uslar Pietri publicó su libro "Red". Escribía en la prensa. Sus artículos en el diario "Ahora" revelaban la presencia de una personalidad de primer orden y de un escritor logrado. Es precisamente en uno de esos artículos en el que propuso, en una sola frase, "Sembrar el Petróleo", el lineamiento de toda una política económica por seguir. Allí afirmaba: "La riqueza pública venezolana reposa en la actualidad, en más de un tercio, sobre el aprovechamiento destructor de los yacimientos del subsuelo, cuya vida no solamente es limitada por razones naturales, sino cuya productividad depende por entero de factores y voluntades ajenos a la economía nacional. Esta gran proporción de riqueza de origen destructivo crecerá sin duda algún día en que los impuestos mineros se hagan más justos y remunerativos hasta acercarse al sueño suicida de algunos ingenuos que ven como el ideal de la hacienda venezolana llegar a pagar la totalidad del presupuesto con la sola renta de minas, lo que habría que traducir más simplemente así: llegar a hacer de Venezuela un país improductivo y ocioso, un inmenso parásito del petróleo, nadando en la abundancia momentánea y corrupta y abocado a una catástrofe inminente e inevitable". Posteriormente, el mismo autor interpretó la frase titular de su artículo, así:

"Cuando dije "sembrar el petróleo" quise expresar rápidamente la necesidad angustiosa de invertir en fomento de nuestra capacidad económica el dinero que el petróleo le producía a Venezuela, por tan largo tiempo desvalida".

Ese mismo año, lo llamó el malogrado Alberto Adriani como Director de una revista de finanzas públicas en el Ministerio de Hacienda y empezó la que sería su fulgurante carrera pública. Era el gobierno del general Eleazar López Contreras. De ese cargo pasaría a Director de Información del Ministerio de Relaciones Exteriores, Director de Política Económica en el mismo Despacho, Director del entonces Instituto de Inmigración y Colonización y Ministro de Educación, cuando apenas tenía treinta y dos años de edad. En 1939 contrajo matrimonio con la que habría de ser su compañera, su colaboradora y la mujer de toda la vida: doña Isabel Braun, madre de sus hijos Arturo y Federico.

Sin embargo, fue en el gobierno del general Isaías Medina Angarita en el que Uslar Pietri alcanzó la más alta figuración. A los treinta y cinco años de edad fue nombrado Secretario General de la Presidencia de la República. Luego, Ministro de Hacienda y Ministro de Relaciones Exteriores. Con este gobierno, en efecto, se había identificado su pensamiento liberal y democrático, porque consideraba que no sólo había emprendido un camino cierto hacia el rescate de Venezuela y su transformación social y económica, sino que él había inaugurado un sistema de democracia representativa plena que iría evolucionando imperceptiblemente hasta convertirse en una manera de vivir del venezolano, dentro de un país próspero y libre, en el que se respetaran los unos a los otros y no hubiera perseguidos ni perseguidores.

El 18 de octubre de 1945, caído el gobierno de Medina Angarita, Uslar Pietri fue perseguido, encarcelado y enviado al exilio, mientras su casa y su biblioteca fueron saqueadas y la primera confiscada. Aventado por las pasiones políticas del momento, precisamente él, por cuya culpa jamás había habido un desterrado o un preso en Venezuela, sin dinero, lejos del país y con dos hijos pequeños, podría haberse vuelto amargo, o resentido con su propia patria, o haberse colocado en una posición de distancia o de indiferencia hacia sus intereses. Muy por el contrario, no se dejó abatir. Llamado por la Universidad de Columbia, se dedicó a dar cursos de literatura, Cultura y Civilización. Y valga la verdad que fue un profesor famoso en América Latina, en cuyos países alcanzó inmenso prestigio. En todos se respetaban y se admiraban su extraordinario talento, su capacidad intelectual, su vocación por las letras y su consagración al trabajo. Centenares de columnas periodísticas, ensayos, conferencias, entrevistas y periódica publicación de libros, daban el testimonio del grande escritor, del gran ciudadano de América, del hombre que, dotado de una vastísima cultura y de una información siempre actual, planteaba los más disímiles problemas y enseñaba, permanentemente, aun cuando no se hubiera propuesto hacerlo. Cinco años vivió en los Estados Unidos de América. Regresó en 1950. Le fue restituida su casa y empezó a trabajar con el propósito de independizarse económicamente. Se asoció con su amigo de infancia, escritor, abogado y publicitario, Carlos Eduardo Frías. También tuvo éxito en este campo y luego participó en la formación de importantes empresas, de tal manera que de esta actividad derivó una posición económica holgada que antes se le había atribuido, pero que en realidad no tenía. En su ciudad permanecería quince años continuos, hasta 1975. Durante ese lapso, se acrecentó su producción literaria: ensayos, novela, cuentos, poesía. Publicó ininterrumpidamente su columna "Pizarrón", en "El Nacional" de Caracas, del cual

ha sido Director, y en "El Tiempo" de Bogotá. Colaboró en diferentes revistas y llegó a millones de venezolanos, semanalmente, a través de sus estupendas charlas televisadas, "Valores Humanos", en las que siempre ha destacado su innegable e innegada vocación pedagógica.

El año de 1958 lo había sorprendido en la cárcel, adonde fue llevado por la dictadura entonces derrocada. Esta sería una circunstancia favorable para que el escritor sintiera, otra vez, el llamado de la política activa. En efecto, fue elegido senador. Permaneció quince años en el Congreso Nacional. Desde allí, con admirable independencia de criterio, fue una voz docente, una advertencia de los peligros que asediaban al país, una fuerza moral que señalaba las desviaciones económicas y clamaba por la reorientación de la política fiscal. En los diarios de debates han quedado para la historia intervenciones que, más que una simple admonición, constituyeron sabios y exactos vaticinios que se cumplieron en el tiempo.

En 1963, fue candidato a la Presidencia de la República. En esta oportunidad hablaba de "La Venezuela Posible". Y tal postulado no se alejaba de la prédica que venía haciendo desde hacía más de treinta años, en cuanto a que el país debía girar en función de sus mejores recursos, en la búsqueda del puesto que le corresponde, no sólo desde el punto de vista material, como se ha pretendido, sino mediante un humanismo democrático que dignifique a la Nación Venezolana, que transforme y modernice la mentalidad del hombre común y, sobre todo, que implique un cambio radical en las ideas educativas y en su alienante pragmatismo.

Cincuenta y tres años han transcurrido desde la publicación de "Barrabás y Otros Relatos". Durante

este medio siglo, Arturo Uslar Pietri ha realizado su vocación de escritor. Ha abordado, con éxito, todos los géneros literarios. No ha dejado un momento de ser auténtico creador. De su extensa bibliografía, baste mencionar sin orden cronológico a “El Camino de El Dorado”, “Un Retrato en la Geografía”, “De Una a Otra Venezuela”, “El Globo de Colores”, “Chuo Gil y Las Tejedoras”, “Apuntes para Retratos”, “Fantasmas de Dos Mundos”, “Treinta Hombres y sus Sombras”, “Los Ganadores”, “Manoa”, “Pasos y Pasajeros”, “Oficio de Difuntos” y su más reciente “La Isla de Robinson”. Como ensayista, se ha distinguido por su hondura, por la universalidad de su pensamiento, por su extraordinaria claridad, por su concisión y por su fluidez. Como novelista, por el hábil manejo de los personajes, por su estilo, limpio y antibarroco, y por la facilidad con que ha venido evolucionando, hasta el empleo de las técnicas más modernas. Como cuentista, se le ha considerado, junto con Guillermo Meneses, contemporáneo suyo y caraqueño también, un renovador y un maestro en ese género exigente y difícil. De él, dijo alguna vez Mariano Picón Salas: “A la novela individual oponía Uslar Pietri la del grupo humano. La Venezuela de 1914 —más que Presentación Campos—, parecía el gran protagonista de su libro. Una técnica que recordaba la del impresionismo pictórico le servía para dar en grandes manchas de color, en reflejo dinámico, en sugerencia y lejanía, la totalidad del ambiente. . . Uslar Pietri lograba la realidad artística de aquella Venezuela evocada”. “Arturo Uslar Pietri —dijo el propio Meneses—, hace arte; no acepta jamás la actitud del escritor fácil que se adorna con palabras inútiles; sus cuentos son armoniosos resultado de razón, creación, respeto del arte y del hombre”. Pero díaz Seijas expresa que “En la temática de Uslar Pietri siempre se ha notado una tendencia a captar nuestra existencia histórica, así como una marcada preocupación social. Sus personajes esbozados en los cuentos que pudieran

llegar a la creación novelesca, poseen una gran fuerza colectiva. Como él mismo pudiera decir, su cuentística indaga en lo popular, brota de lo vivo, sin que falsee la realidad en ella”. Daniel Guerra Iñíguez agrega que “Arturo Uslar Pietri es un hombre que nació para ser escritor y que a su vocación innata la supo fortalecer con las fuerzas de su espíritu: la constancia, la perseverancia, el cultivo intelectual de carácter autocrítico, la dedicación”. En síntesis, nos parece que lo realmente característico en la obra literaria de Uslar Pietri es el sustrato de venezolanidad que hallamos en ella y la permanente exaltación de los valores nacionales para elevarlos a un plano estético y universal. Esta misma actitud de acentuado amor a la patria, sin patrioterismos lugareños y oportunistas, es la que lo ha convertido en un hombre de dimensión universal, en un gran venezolano de América, como en su tiempo y en circunstancias propias lo fueron Bolívar, Sucre, Andrés Bello o Simón Rodríguez, en cuya angustia de maestro no acatado parece identificarse este escritor quien, en la oportunidad de su ingreso a la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, confesó que su amor al país es “más que amor, pasión que siento por esta tierra venezolana y su destino, a la que pertenezco hasta los huesos y de la que nada logra parecerme indiferente”.

Sí. Todo un maestro es Uslar Pietri. Ha sido maestro en las aulas y fuera de las aulas. Es maestro en el ejemplo de su vida sobria y humana. Es maestro en el mensaje permanente. Es maestro en cada uno de sus actos. Es maestro en el trabajo y en la angustia. Es maestro hasta en su alta soledad, frente a un país que lo reclama como parte de su propia conciencia y como señal de su verdadero camino. Tal vez, la contigüidad con este hombre, ahora nos impida ver la proyección histórica de su existencia. Tal vez, no nos deje ver con absoluta claridad el prodigio de su juventud a los setenta y cinco años; la mo-

dernidad de su pensamiento; la siempre actualidad de sus ideas; su privilegiada inteligencia. Pero el tiempo, que todo lo aclara y establece, dará algún día testimonio de la parquedad de mis palabras.

Maestro Arturo Pietri:

La Asociación de Escritores de Venezuela ha querido rendir a usted este homenaje de reconocimiento y solidaridad (a usted que tantos ha recibido y tantos merece), en el que ha incluido la postulación de su nombre para el Premio Nobel de Literatura, iniciativa a la que deberían adherirse todos los organismos culturales de la República así como los medios de comunicación social, y en decisión unánime de su Junta Directiva, que no puede sino agradecer inmensamente, me ha otorgado el grande honor de ofrecérselo.

Bolívar decía que "El premio del mérito es el acto más augusto del poder humano". Ese mismo Bolívar que, según las palabras de usted en su memorable discurso del 17 de diciembre pasado en el Congreso Nacional, "con su muda presencia constante, nos impone y nos reclama el deber de no ser pequeños".

Yo me congratulo y me siento parte de este homenaje, porque ninguno será más justo y ejemplarizante para un país que, necesariamente, debe volver la mirada a su historia y a sus grandes hombres, si en verdad quiere alcanzar el día de su propia grandeza.

Que el tiempo le sea leve, maestro. Porque ese día ha de llegar.

**"Casa Nacional del Escritor",
Caracas, el 4 de Noviembre de 1981**



Dr. Arturo Uslar Pietri el día de la entrega de la "Medalla José Vasconcelos 1988" en la ciudad de Caracas, Venezuela.

SOMOS UNA GRAN FAMILIA CON NUESTROS ESPAÑOLES, INDIOS Y NEGROS

Marlene Rizk

Todos los 12 de octubre, un artista, científico o escritor de habla hispana está recibiendo en algún lugar del continente el Premio Vasconcelos. Esta vez en un acto íntimo, lo recibió el doctor Arturo Us-
lar Pietri y de México vino personalmente Fredo Arias de La Canal, presidente del Frente de Afirmación Hispanista a entregarle la medalla de oro.

Es la segunda vez que el reconocido premio recae en Venezuela. En 1985 lo recibió nuestra poeta Jean Aristiguieta y el mismo se ha venido otorgando desde hace veinte años. Lo han obtenido desde 1968 León Felipe, Salvador Madariaga, Félix Martí Ibañez, Joaquín Montezuma de Carvalho, Luis Alberto Sánchez, Jorge Luis Borges, Gilberto Freyre, Diego Abad de Santillán, Ubaldo di Benedetto, Vicente Géigel Polanco, Samuel Bronston, Alfonso Camín, Helcías Martán Góngora, José Jurado Morales, José María Amado, Sociedad Cultural Sor Juana Inés de la Cruz, Jean Aristiguieta, Francisco Matos Paoli, Isabel Freire de Matos y Magín Berenguer Alonso.

El Frente de Afirmación Hispanista, la institución mexicana que otorga el premio, tiene como finalidad promover la cultura hispánica en el mundo. El Frente, promueve el intercambio cultural entre todos los países hispanos y entrega la medalla de oro "José Vasconcelos". La Asociación tiene como objetivo también concientizar el sentido hispanista en 300 millones de habitantes de habla española para crear una mayor solidez espiritual dentro de nuestro bloque cultural.

La entrega del Premio Vasconcelos se realizó en la mayor familiaridad, en el Hotel Caracas Hilton y al mismo asistieron representantes de toda la vida cultural del país. Acompañaron al doctor Us-
lar Pietri miembros de la Academia Nacional de la Lengua, escritores, poetas y literatos.

Destacó el escritor que el español, el indígena y el negro a quienes muchos tendemos a olvidar por el arrastre de viejos prejuicios han creado un único Nuevo Mundo.

—Hay un hecho cultural que no tiene que ver con guerras y degollinas de españoles, sino que es el resultado de una nueva situación del hombre en la tierra y esa situación la hemos heredado. De modo que el esfuerzo nuestro, al que nos corresponde al hombre de nuestro tiempo es tratar de comprender el pasado para comprendernos a nosotros mismos. Y desde ese punto debemos partir hacia una nueva presencia nuestra en el mundo porque somos una gran familia con nuestros españoles originales, con nuestros indios originales, con nuestros negros originales, que dejaron de ser españoles, indios y negros para ser hispanoamericanos.

Arturo Us-
lar Pietri se refirió José Vasconcelos "fue un gran predicador de estas verdades, fue uno de los primeros que se percató de la riqueza de esa situación cultural y trató de afirmarla, fue el que llenó los muros de México de pintura revolucionaria, fue el que lanzó la idea que en su momento parecía extraña y nueva de la raza cósmica. En este premio que me otorgan lo recibo complacido y orgulloso. Es la afirmación de nosotros mismos".

*El Nacional/ jueves 13 de octubre de 1988
Caracas, Venezuela*

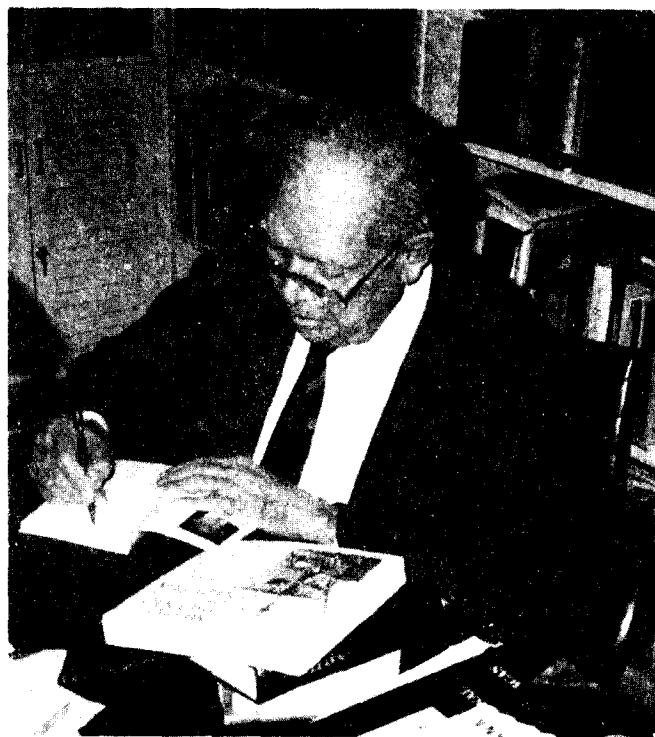
LOS OCHENTA AÑOS DE ARTURO USLAR PIETRI

El 16 de mayo de 1986, el Presidente de Venezuela invitó a un grupo numeroso de intelectuales y representantes de diversos sectores de la vida nacional para celebrar el octagésimo aniversario del escritor Arturo Uslar Pietri, "un joven de ochenta años", quien ha entregado a su país una excepcional obra que abarca la literatura, el análisis histórico, el ejercicio de la política, la educación y la mejor utilización de los medios de comunicación social para la difusión de ideas y conocimientos.

Así se expresó Jaime Lushinchi:

Arturo Uslar Pietri llena las páginas de las letras, de la política y del quehacer intelectual de estos turbulentos años del siglo XX. Desde los años treinta, muy joven todavía, ya se había consagrado como escritor de particular fortuna. Sus colegas del mundo intelectual han exaltado a través del tiempo su inmensa capacidad de comprender, la diversidad de disciplinas y de género, su dominio de asuntos que por lo general parecen incompatibles, porque los unos son para la exaltación y disfrute de la imaginación y otros para el duro ejercicio del análisis o la confrontación de tesis.

Pocos escritores han tenido, como el doctor Uslar, un sentido más agudo de la comunicación, de su poder, de sus inmensas posibilidades educacionales, culturales y formativas.



Dr. Arturo Uslar Pietri el día de la entrega de la "Medalla José Vasconcelos 1988" en la ciudad de Caracas, Venezuela.

Tomado de Temas de Nuestra América. No. 8 de la Universidad Nacional de Heredia, Costa Rica.

EL MUNDO HISPANICO

Gustavo de Anda

Los grupos de universitarios que se expresan frecuentemente en esta columna, me han pedido que explique con amplitud lo que es el Mundo Hispánico cuyo nacimiento se celebra el día 12 de Octubre.

Lamentablemente en México, país hijo de dos pueblos, se ha manifestado en algunos medios un afán autodestructivo, renegándose de los dos orígenes o sea que se han formado partidos. Esto es alentado políticamente por quienes tienen puesta la mira en la desestabilización del país, por lo que es necesario ponerle remedio.

Los mejicanos en general, sumándose a los 300 millones de hispano-americanos, vivimos orgullosos de lo que somos, porque la única y verdadera identidad de los nacidos desde México hasta la Patagonia es la de hispano-americanos, incluyendo a los brasileños. Portugal era la Hispania Ulterior y España la Citerior del mundo romano.

En consecuencia, la máxima celebración de este Nuevo Mundo es el día 12 de Octubre, fecha en que nació.

¿Día de la Raza? ¿De cuál de ellas? Esa celebración sólo puede ser la nueva raza de la que empezó a nacer el 12 de Octubre de 1492, o sea la HISPANOAMERICANA.

Resulta una ridiculez pretender hacer de esa fecha Día de los Indios o Día de los Españoles. Me dice un amigo hispanoamericano: "La España de hoy ya no es la 'Madre Patria', sino que se ha convertido en una parte del Mundo Hispánico, es decir, pertenece al Mundo Hispánico".

Hace 60 años, España tenía más de 30 millones de habitantes, en tanto que la República Mexicana apenas contaba con 15.

Su capital, Madrid, pasaba de un millón de habitantes, en tanto que la Ciudad de México apenas sumaba 600 mil... Mirábamos entonces muy grande a España. Hoy la República Mexicana se acerca a los 90 millones de habitantes, en tanto que España no llega a 50. La Ciudad de México con sus alrededores pasa de 20 millones de habitantes, en tanto que Madrid escasamente llega a 7 millones...

La magia de las cantidades cambia los conceptos.

El Mundo Hispánico ha penetrado en los Estados Unidos, convirtiéndose en un factor de primer orden en las elecciones presidenciales, y va adquiriendo un fabuloso potencial económico. Existen en ese país 40 mil empresas industriales y comerciales propiedad de hispano-americanos.

¿Se está gestando una nueva potencia?

Se ha dicho que el hispano-americano ha tendido a mirar con indiferencia su mestizaje. Esto no es así. Lo que ocurre es que el origen del mestizaje se ha perdido en el tiempo.

Después de 8, 10, 12, 14 o 16 generaciones, los descendientes de la unión de españoles con indios tienen ya su propia originalidad. Ese es el mejicano, ese es el hispanoamericano, que no se siente ni indio ni español, sino algo nuevo, con derecho a su propia identidad.

De 1492 a 1992, el Mundo Hispanoamericano lleva 5 siglos de desarrollo, tiempo más que suficiente para definir su personalidad y su cultura. La literatura hispanoamericana a partir de la segunda mitad del siglo pasado se abre paso en el mundo con Tabaré, y empiezan a surgir los cuadros vivos de la vida de nuestros países con: Don Segundo Sombra, Martín Fierro, La Vorágine, El Mundo es Ancho y Ajeno, Doña Bárbara, Los de Abajo, Los

Cristeros, Cacao, y un torrente de poetas de diferentes escuelas. Al mismo tiempo se estudian las culturas indígenas y se descubren las “Escrituras de los Mayas” y las medidas asombrosamente exactas de los tiempos.

En la pintura mural el Mundo Hispanoamericano como en la novela, toma primer lugar en el presente siglo.

En música, Occidente es el creador de la armonía. La música oriental melódica queda muy atrás. El Mundo Hispanoamericano hace suya desde un principio la técnica musical de Occidente y no copia la música española ni la italiana ni ninguna otra, sino que crea su propia música.

Mestizaje cultural, creador, cuya obra está en ascenso... No fue casual la expresión de Stefan Zweig al considerar al Brasil como “El país del futuro”. Pero esta expresión abarca a todo el Mundo Hispanoamericano como fuerza y cultura del futuro, porque en sus entrañas laten recursos de un potencial insospechado que algún día se aprovecharán.



El Frente de Afirmación Hispanista, A. C.

ha otorgado el

"PREMIO VASCONCELOS"

a las siguientes personalidades:

LEON FELIPE	1968
SALVADOR DE MADARIAGA	1969
FELIX MARTI IBAÑEZ	1970
JOAQUIM MONTEZUMA DE CARVALHO	1971
LUIS ALBERTO SANCHEZ	1972
JORGE LUIS BORGES	1973
GILBERTO FREYRE	1974
DIEGO ABAD DE SANTILLAN	1975
UBALDO DI BENEDETTO	1976
VICENTE GEIGEL POLANCO	1977
SAMUEL BRONSTON	1978
ALFONSO CAMIN	1979
HELCIAS MARTAN GONGORA	1980
JOSE JURADO MORALES	1981
PRIMO CASTRILLO	1982
JOSE MARIA AMADO	1983
SOCIEDAD CULTURAL SOR JUANA INES DE LA CRUZ, A. C.	1984
JEAN ARISTEGUIETA	1985
FRANCISCO MATOS PAOLI e ISABEL FREIRE DE MATOS	1986
MAGIN BERENGUER ALONSO	1987
ARTURO USLAR PIETRI	1988

